

## ESTUDIOS DE VIAGES.



El aldeano pervertido, con sus sastres, maestros de baile, de música, etc.: cuadro de W. Hogarth.

## LONDRES Y LOS INGLESES.

## ARTICULO III. (1).

(Continuacion.)

La Torre de Londres.—Personajes célebres decapitados en ella.—El Tunnel.—Los sepulcros de Westminster.—La silla de los reyes de Escocia.—El Parlamento.—Los rótulos de las calles. Aventura de un amigo.—Las tiendas.—El Museo Soune.

La Torre de Londres es un edificio rodeado de un foso y asentado sobre un cerro desde el que domina de lejos el

(1) Véase el número anterior.

25 de Abril de 1853.

Támesis: á la otra parte del foso se eleva una gruesa y maciza muralla construida en 1097 por Guillermo el Rojo, que da vuelta todo alrededor del torreón que fundó Guillermo el Conquistador en 1078, y es el que constituye la Torre propiamente dicha. Es esta una mole sólida y pesada de dos altos y coronada con cuatro torrecillas; las paredes tienen catorce pies de grueso. Las reparaciones exteriores del edificio hechas posteriormente en diferentes épocas, así como un terraplen, son causa de que á primera vista no pueda formarse una idea de la antigüedad de esta masa conocida con el nombre de la *Torre Blanca*.

En el recinto de la Torre hay muchos torreones, dos capillas, un cuartel, un parque de artillería, los antiguos ar-

TOMO XI. 10



chivos de Inglaterra, una armería, curiosidades pertenecientes á la guerra y el tesoro de las joyas de la corona. Se entra dentro del recinto por cuatro poternas sucesivas practicadas al Oeste de la Torre: todas las mañanas se abren al amanecer con tanta ceremonia y precaucion como si el enemigo emboscado en los alrededores estuviese aguardando una ocasion para atacarlas. Estas fortificaciones se fueron aumentando en diversas épocas: en 1190 por el obispo Longchamps, y despues por Enrique III, Eduardo I., etc.

La Torre de Lóndres, es la antigua habitacion feudal de los reyes de Inglaterra, lo mismo que la Conserjería de Paris, lo era de los de Francia.

Se penetra en ella por una especie de pasadizo angosto y bajo abierto en la parte interior de la muralla: la primera torre á la derecha es la de la campana de forma redonda. Sirvió de prision á la reina Isabel, que debió pasar dias bien crueles y amargos con el recuerdo de su madre, Ana Bolena, como tambien atormentada con la memoria de Juana Grey, decapitada recientemente por haber dado recelos á la reina Maria. Pasando adelante se ve en la muralla á la derecha una ogiva medio enterrada, en la que encaja una pesada puerta: es *traitors-gate* por la que se introducía antiguamente á los presos de Estado.

Enfrente hay una poterna oscura y baja, coronada de una torre con muchas ventanas pequeñas con rejas de hierro, y de aspecto lúgubre y triste. Es la *Sangrienta*, en donde fueron degollados los hijos de Eduardo por el feroz Gloucester. En el grueso de dicha poterna, y debajo de las losas de un desvan que la corona, se han encontrado hace poco los esqueletos de los dos jóvenes principes... En la torre cilíndrica que está junto á esta, *Wakefiels-tower*, se enseña el salon octógono en que fué asesinado Enrique VI. Shakespeare ha inmortalizado esta trágica historia. La torre *Beauchamp*, situada al Noroeste, sirvió de prision á Ana Bolena, á los condes de Warwick, de Arundel y de Leicester y á otros mucho mas inocentes. Para terminar la romería por esta siniestra Necrópolis, ciudad de los muertos, atravesemos el patio desigual, montuoso y cercado por todas partes con una pared de ladrillo, ó de almenas y ruinas de fortalezas; dejemos sobre la derecha el cuartel gótico que ha reemplazado al arsenal que se quemó en 1841, y echemos una mirada sobre la capilla de San Pedro, de grosera arquitectura, y que ha tenido demasiadas restauraciones, en la que se encuentran apiñados una multitud de sepulcros de gentes que tienen su cabeza en los pies. Allí reposan Ana Bolena, Catalina Howard, Juan Fischer, Tomás Moro, la condesa de Salisbury, Seymour, el duque de Somerset, Norfolk, Dudley, el bello conde de Essex, favorito de Isabel, y en fin, la joven y desgraciada Juana Grey, victima de la ambicion de sus padres. A algunos pasos de sus sepulcros y en medio del patio hay un espacio cuadrado enlosado de negro, y en aquel sitio fué donde corrió su sangre. Aun se ve desde allí los restos de *Brik-tower*, prision de la infortunada Grey y de Bowyer-Tower, en donde ahogaron á Clarence dentro de un tonel de malvasia.

Solo nos falta entrar dentro de *White-tower*, donde encontraremos en el calabozo de Raleigh un precioso museo de puñales, hachas de verdugos, y tajos adornados con entalladuras, que como en la tarja de un panadero está marcado el número de cabezas que los ha hecho célebres.

Hé aqui, en verdad, un monumento bien completo y una

morada enriquecida con recuerdos poéticos para recreo y goce del gobernador de la Torre de Lóndres, que ocupa un aposento construido en el reinado de Enrique VIII, ogro monstruoso de esta sangrienta leyenda de la monarquía británica.

La Armería, coleccion de armaduras reales desde el siglo XIII al XVII, contiene piezas de entidad y autenticas, pero todo mal presentado, con estrechez y arreglado de una manera pueril. Para completar el efecto, hinchán de aire maniquies, los cubren de oropel, de andrajos, con lo que el espectador cree encontrarse en el guarda-ropa de un teatro. Vénese allí banderas conquistadas, modelos de armas y de trofeos guerreros, entre los que figuran las corazas recogidas en Waterloo atravesadas por delante.

En la sala alta, llamada Isabel, porque en ella mandaba encarcelar á muchos desgraciados, hay armas de indios salvajes, arcabuces antiguos y piezas raras y curiosas, pero todo mal arreglados y con poco gusto; ademas tres espadas, un casco y un cinturón de Tipoo-Zaibi: el tajo en que fueron decapitados Lovat y Balmerio tras Culloden en 1748: la hacha que cortó la cabeza al conde de Essex: otra hacha mañosamente ajustada con una pistola de tres cañones de la que se servía Enrique VIII cuando salía de noche en busca de aventuras; en fin, una armadura asiática que se dice habia pertenecido á Bayaceto: es en extremo delicada, y en cada anillo de la loriga ó cota de malla está grabado en hueco un versículo del Alcoran. La sala que contiene el tesoro y joyas de la corona es pobre, con poca luz, sin adorno, construida en un edificio nuevo. Allí se muestra la corona de Carlos II, el cetro de San Eduardo y las vestiduras reales de la reina Victoria. En cuanto á piedras preciosas dignas de llamar la atencion, solo hay un zafiro y un rubí muy grueso.

La Torre de Lóndres es un monumentocurioso, pero los ingleses con su manía de restauraciones desacertadas y pinturas para imitar el estilo gótico, han desfigurado el carácter que conservan únicamente las torres antiguas.

En lo interior del Tunnel, que como es sabido sirve de puente subterráneo para atravesar el Támesis y á donde se descende por una abertura redonda de cerca de cien pies de profundidad, la necesidad de vivir da origen á industrias bien dolorosas.

Luego que se ha penetrado en la doble galería cuyas bóvedas describen las tres cuartas partes de un círculo, el aire se condensa y se hiela, y un vapor húmedo y frio cargado de miasmas sepulcrales limita la vista á veinte pasos de distancia, á pesar de una iluminacion de ciento veinte y seis reverberos de gas. Parece imposible no sucumbir pasando dos horas seguidas en aquellos hipogeos que filtran gota á gota un agua la cual forma charcos negruzcos y escurridizos. Entre pilar y pilar hay tiendas ocupadas por muchachas jóvenes enterradas en vida; pálidas y con la sonrisa en los labios presentan á los pasajeros chucherías de vidrio, abalorios, anteojos encantados, panoramas de Lóndres, juguetes de niños y otras mil baratijas importadas del extranjero. En fin, en este subterráneo, morada verdadera de difuntos, se representan títeres, se tocan acordeones, y por todas partes resuenan organillos. ¡Cuántas enfermedades desconocidas en la superficie del globo iluminada por los benéficos rayos del astro del día no deben germinar en aquel parage! ¡Qué buen invernadero sin calor para que se desarrollen enfermedades no conocidas! La libertad se opone á la especie de clausura que se observa en aquellas tien-





decillas que reclaman la proteccion y solicitud del gobierno con doble derecho: porque en ello se interesa la salud pública y la moral.

Cuando se hayan construido caminos de ruedas á la salida del Tunnel, en el día inútil, entonces se habrá hecho un gran servicio al público. Muy ancho el Támesis por aquel sitio y cubierto de navíos, no puede soportar un puente, y en el estado actual para atravesarlo por allí los carruages se ven en la precision de retroceder hasta *New-London-Bridge*, haciendo un rodeo de cinco millas.

La fundacion de Westminster-Abley se pierde en la noche de los siglos. Allí fué donde en 616 Seberto, rey de los sajones, asistió á la consagracion de la primera iglesia dedicada al príncipe de los apóstoles. Melito, obispo de Lóndres, debia officiar en esta solemne ceremonia, mas, cuenta la leyenda, que la noche precedente se rasgaron las nubes y se vió descender del empyreo al apóstol á esta iglesia magníficamente iluminada, en la que celebró el sacrificio el mismo San Pedro en persona.

Muerto Seberto, sus hijos abrazaron de nuevo el paganismo, y abandonada la iglesia, fué destruida por los daneses. Eduardo el Confesor fundó el monumento actual hácia mediados del undécimo siglo. Enrique III le dió mas estension, y bajo el reinado de Enrique VII se embelleció con una capilla de estilo gótico muy llena de adornos, aneja á la bóveda de la nave. Como la piedra del país es porosa, deleznable y propensa á reducirse á polvo, este edificio estaba ya muy deteriorado á fines del siglo XVII. Entonces fué cuando se encargó al arquitecto de San Pablo, Cristóbal Wren, su restauracion, que llevó á cabo concienzudamente: todo se simplificó y reedificó á estilo moderno, y se decoró la portada con dos torres cuadradas. Visto de la parte de afuera Westminster carece de uniformidad y determinado carácter.

Se entra dentro por la fachada del Sur, casi cubierta con las antiguas obras de albañilería pertenecientes al cabildo, y así que se da el primer paso se encuentra ya el viagero en el mas bello cuartel de esta Necrópolis de la gloria: en *Poets corner*, el rincón de los poetas que ocupa el ángulo meridional.

Por muy dispuesto que uno se encuentre á respetar los usos y costumbres de otras naciones, no deja de chocar ver en Westminster las estatuas de grandes hombres, cubiertas de ricos mármoles sus cenizas cuando en vida carecieron de pan; personajes oscuros dando codazos á los mas ilustres varones, como tambien hallar tendidos á los pies de los soberanos aquellos mismos que cantaron sus glorias ó tal vez los satirizaron. Monk y Carlos II duermen en paz junto á Milton: Shakspeare dormita á algunos pasos de Ricardo II. Seguramente este es el valle de Josaphat de la inteligencia y de la grandeza. El actor Garrick, Camden el anticuario, el orientalista Grabe, Casaubon que fué bibliotecario en Paris, el arquitecto Taylor, el físico Pringle, el poetaastro Triplete, el músico Handel, Shéridan, la señorita Pritchard la actriz, están formando círculo en este salón de la muerte en que preside Shakspeare hollando con sus pies los retratos de Enrique V, de Ricardo III y de la altiva Isabel inmortalizados por su genio y esculpidos en el frontis de su pedestal. Tambien brillan allí Southey, Goldsmith, Dryden y Richardson.

Pero desde aquel sitio oía gemir la desconsolada sombra de Byron que yacia á la entrada, y me refugié en la nave para respirar con libertad. Es la mejor parte del edificio: la

piedra es oscura y sin adorno, las columnas grandiosas, su estension grande y de mucha elevacion: este estilo sencillo á la par que magestuoso, imprime en el alma ciertos recuerdos de la religiosa sensacion que se experimenta cuando visitamos las suntuosas catedrales de nuestra España. A mí me parece mucho mas probable que esta parte del edificio pertenece á la época de Enrique III, mas bien que á la de Eduardo el Confesor. Esta nave seria admirable si no la desfigurase una capilla y otras fábricas parásitas que obstruyen el centro del crucero ó interrumpen las líneas de la perspectiva. Desde este punto todo lo demás está dividido en capillas atestadas de monumentos de todas épocas: la bóveda, el coro y trascoro, están sembrados de enterramientos. Imposible es entrar en pormenores, pues la imaginacion se extravía y confunde en este laberinto de losas, sepulcros y mármoles, en donde se compendian los anales de diez siglos de la historia de Inglaterra. Al paso que esta Necrópolis es interesante, su descripcion seria larga y fastidiosa, porque en ella todo está mezclado y confundido, sin guardar orden cronológico ni estilos artísticos en los cuatrocientos sesenta y cuatro monumentos que encierra Westminster.

Allí vinieron á extinguirse las contiendas y rivalidades de la rosa de York, y la de Lancaster: estos príncipes que se degollaron mutuamente, yacen sepultados el uno junto al otro: Maria Estuardo parte la última morada con Isabel, las dos rivales reinan pacíficamente en el imperio de las sombras: Isabel y Maria han vuelto á ser hermanas en Westminster. Los hijos de Eduardo han reconquistado su trono en este asilo, en donde se busca en vano á su verdugo coronado el sombrío Ricardo III.

De todas aquellas capillas, una de las mas curiosas y antiguas es la que encierra los restos mortales de San Eduardo, que se eleva en medio de ella. Este mausoleo construido en 1269 por Enrique III, asienta sobre pequeños arcos ojivos, y el tiempo le ha dado un aspecto venerable. Cerca de allí se encuentra el sepulcro de Enrique III, los tableros son de pórfido y están adornados con un mosaico de oro sobre el fondo rojo, y la estatua (la primera que se fundió en Inglaterra), es de bronce dorado. Este monumento está bajo un cielo raso cuyo azul se ha convertido en polvo. Se vislumbra en el fondo de un plano lóbrego y oscuro detrás de una hilera de barras de hierro, las estatuas echadas de este príncipe y sumuger: sus formas sin definir y casi borradas por la oscuridad, les comunica la apariencia de dos cadáveres. Allí es donde descansa Ricardo II, que abandonó los calabozos de la Torre. A este príncipe que vivió en una tumba, convendría mejor haberlo puesto despues de muerto en una bóveda con follages figurando una lluvia de rayos de luz.

Allí están custodiados por sus vasallos bajo la proteccion de una religion que no es ya la suya; ya no se eleva el humo del incienso á sus sombrías bóvedas; el órgano está mudo; no resuenan los ecos del canto gregoriano de la antigua catedral; mas ningún culto ha impreso su carácter en esta basílica, en la que el catolicismo grabó sus huellas de una manera indeleble. Se comprende bien que el país legal ha cesado de creer, pero no ha cambiado de fé. El sepulcro de San Eduardo todavia lo descantillan, lo desgarran y cercenan por todas partes, porque pasa por milagroso; y en la Inglaterra protestante, por mucho tiempo las gentes iban á caza de quién podria quitar algun fragmento del relicario, ó aunque solo fuese algunos granos del polvo sagrado.



En este mismo siglo de tan relevante raciocinio, el sepulcro de Eduardo el Confesor es objeto de la mas escrupulosa y nimia custodia y vigilancia, como tambien el viejo sillón de madera de cedro que en tiempos pasados servia, segun dicen, para la consagracion de los reyes de Escocia, y que desde el reinado de Eduardo II se sientan en él los soberanos de Inglaterra el dia de su coronacion. Es una silla gótica con brazos, cuyo respaldo se eleva formando un cono, y encima del asiento se ha fijado la famosa piedra sobre la que se coronaban los soberanos escoceses. En esto consistia la esencia de su consagracion, y todo pretendiente al trono que no la hubiese recibido sobre ella no se consideraba como ungido del Señor.

No puede dejarse a Westminster sin hacer mencion del

encages: la bóveda, estrellada y sembrada con infinitos roselones colgantes, tan esbeltos y ligeros cual si fuesen calados en papel, nada dejan que desear; el pavimento con caprichosos dibujos, ha sido arañado por un cincel fecundo en extravagancias.

Segun las intenciones del fundador, está destinada esta capilla para enterramiento de las reales personas. Las muertas últimamente se han reunido en una pequeña bóveda construida en el centro. Tambien se admira el sepulcro de Enrique VII, debido al cincel de Turrigiano, que llaman los ingleses el rival de Miguel Angel, sin duda porque rompió de un puñetazo las narices del eminente Buonarroti; tan gloriosa rivalidad debe apreciarse en la patria de los boxeadores.



Vista del cuartel de Regent street, en Londres.

claustro, que no se enseña al público, pero que puede verse fácilmente el domingo á la hora de los oficios, porque es preciso atravesarlo para ir á la iglesia; está arrimado á espalda de la nave de la catedral, festonado con arcos ojivos de ojo muy ancho (indicio de mucha antigüedad), que descansan sobre columnas bajas y robustas. Sus cuatro lienzos no guardan perfecta simetría, porque en cada frente se ha variado el dibujo de los arcos de la bóveda. En el centro del patio verdea un cuadro de césped, y los pies de los que transitan por él borran y desgastan algunas losas tumularias esparcidas acá y acullá, en las que la vista descubre todavía mitras y báculos. Pero la maravilla de Westminster es sin disputa la capilla de Enrique VII; su nave, de un afiligranado delicadísimo, parece hecho por mano de las hadas, guarnecido y velado con finos y transparentes

Esta capilla, cuyo ornato participa del gusto oriental y del estilo de la época del renacimiento, estaba asimismo destinada para otro uso. En ella se reunian los caballeros de la orden del Baño, asistiendo á las ceremonias sentados en una doble sillería de madera oscura, primorosamente trabajada y adornada con figuritas, arabescos y graciosos cimbanillos. Tambien están enriquecidos sus respaldos con escudos de armas, blasones, banderas, yelmos y espadas, que comunican á aquel sitio un aspecto militar al paso que religioso.

La órden fué instituida en 1599 por aquel Bolingbroke, celebrado por Shakspeare, que desposeyó á Ricardo II y se sentó en el trono con el nombre de Enrique IV. La Inglaterra estaba dividida en dos partidos; luego que fué consagrado este principe, treinta y seis escuderos, sus mas fieles



amigos, velaron las armas con él, y tan pronto como rayó el día se metieron todos en el baño en que según costumbre el monarca debía zambullirse en el agua antes de presentarse en Westminster. De esta ceremonia tuvo origen la orden del Baño, habiéndose aumentado los caballeros con el tiempo hasta el número de setenta. Esta institución, reformada en 1723 por Jorge I, en 1813 se convirtió en condecoración militar. No sé en qué autoridad ó fundamento algunos historiadores atribuyen falsamente su fundación á Ricardo II.

A algunos pasos de la abadía y atravesando á Westminster-Hall se llega al palacio de la Justicia, una de las mas antiguas y vastas salas de Europa, y que se sustenta sin apoyarse en columna alguna. La fachada de este monumento que da vista á *New-Palace-Yard*, es de un gótico anglosajon muy notable, y cuya construcción remonta al undécimo siglo. Westminster-Hall tiene doscientos setenta pies

mano primogénito de Juan de Guan, duque de Lancaster iba, pues, á elegirse rey. La asamblea permanecía silenciosa y como asombrada de la espionosa misión sometida á su cuidado, cuando de repente el audaz Bolingbroke se levanta, pone el pie firme sobre la primera grada del trono, hace la señal de la cruz y grita:

—Yo, Enrique de Lancaster, reclamo el reino de Inglaterra con todos sus agregados, como descendiente por línea recta del buen señor Enrique III, y espero recobrarlo por la gracia de Dios y con la ayuda de mis parientes y amigos...

Diciendo esto dejó ver el anillo y cetro real que habia hecho pusiese en sus manos Ricardo; los arzobispos de York y de Cantorbery lo cogieron por los brazos y le ayudaron en la difícil empresa de sentarse en el trono... se habia proclamado á Enrique IV.

Empero este cetro tan ardientemente deseado fué origen de mil sinsabores; en su reinado estallaron revoluciones;



Vista de un patio interior del palacio de *Hampton-Court*, en Londres.

de longitud sobre setenta y cuatro de ancho y noventa de elevación; el techado está sostenido y se apoya sobre un enrejado y armadura de maderas que se asemeja al casco de un navio tumbado boca arriba; las vigas, que salen al aire fuera de la perpendicular, están esculpidas por las puntas y entremezcladas, guardando una disposición tan elegante y atrevida, que dan á este bosque suspendido en el aire un aspecto encantador y maravilloso. La vista se pierde entre este confuso laberinto de líneas estrañas y los arcanos de este caprichoso dibujo.

Esta célebre sala ha sido teatro de grandes sucesos; en ella fué depuesto Ricardo II, que diez años antes habia costestado un festin para diez mil convidados; habíanse reunido las dos cámaras del parlamento, y Bolingbroke se habia sentado muy cerca del trono vacante: en el momento mismo de la votación, el obispo de Carlisle se atrevió á sostener los derechos del joven conde de March, hijo del her-

su hijo le abrumó y colmó de pesadumbres, y á los cuarenta y seis años de edad, envejecido antes de tiempo, espiró, cansado del poder y desengañado de la suprema dignidad. Se creyó que habia muerto cuando aun estaba en la agonía, y el príncipe de Gales echó mano á la corona que estaba junto al lecho real.

—¡Ah! buen hijo, dijo recobrando el sentido, ¿qué derecho tienes á esa corona, cuando tu padre no lo tenia?

—Señor, vuestra espada la conquistó y la mia sabrá conservarla.

—Sea así: Dios nos juzgará, ¡y quiera él concederme su gracia!

Este joven príncipe la conservó, en efecto, muchos años para gloria de la Francia; fué el Enrique V que para consolidarla puso sobre ella la corona de esta nación.

Pero basta ya de digresiones: volvamos á entrar en Westminster-Hall; allí es donde Carlos I fué juzgado y oyó



pronunciar su sentencia de muerte. Ciertamente no son muy alegres los recuerdos históricos de aquel país, y esta es la razón porque la posteridad los olvida con tanto gusto. Se representa en la imaginación este tribunal, agrupado en un rincón del inmenso salón atestado de pueblo, y en las tinieblas de la noche ver el brillo de algunas espadas desnudas; y un pelotón de soldados que traen como arrastrando en medio de las oleadas de un gentío obcecado á aquel príncipe con su ondeante cabellera flotando por la espalda, y dulce mirada, sufriendo mil ultrajes, resonando en su oído el grito de muerte y limitándose á decir:

—Pobres gentes, lo mismo gritarian contra sus gefes por un shelin....

Cárlos I previene el ánimo de todo viajero que visita á Londres: se encuentra en todas partes, y su mirada le persigue sin cesar. ¿Y cómo permanecer indiferente al recuerdo de un infortunado que Van-Dyck ha perpetuado en sesenta retratos que son su más patética elegía? Este esclarecido artista ha creado un espectro sangriento de esta cabeza que tanto amaba, engalanándola con todas las gracias de la belleza de su rostro que cayó á tierra á impulso del hiel del verdugo.

En torno de Westminster-Hall se encuentran diseminados tribunales en donde se pleitea, se litiga y se sentencia revestidos los jueces con su gran peluca empolvada como las que se usaban en Francia durante la minoría de Luis XV. Nada más atrasado, más inmutable que las costumbres de un pueblo que tanto progresa y adelanta en orden á empresas especulativas. Dichos tribunales son muy numerosos y divididos para determinados asuntos; y aun podría señalarse en ellos algunos restos de jurisdicción feudal. La Cite goza de algunas franquicias: su magistrado particular, *Marshalsea-Court*, institución judicial dependiente de Witte-Hall, ejerce sus funciones en un radio de cuatro leguas alrededor de este cuartel, exceptuando la Cite de Londres.

*Doctors Commons* ó tribunal eclesiástico, junta clerical en la que se depositan los testamentos, preside á su apertura, y guarda las causas relativas á sucesiones y entiende en la administración de las herencias. También es estendiendo su autoridad á juzgar criminalmente en los delitos contra la religión.

Allí se reúne la Cámara de los comunes en un chiribitil provisional. La de los lores se ha instalado ya en el nuevo edificio del parlamento. Cuando las sesiones los lores por lo general están recostados en sus asientos apoyando la espalda contra el respaldo, de modo que tienen más altos los pies que la cabeza, y hablan desde su asiento porque no hay tribuna. Las galerías para el público, son cómodas, descubiertas y casi al nivel de los bancos de la cámara. En cuenta al trono de la reina, simboliza á las mil maravillas la soberanía constitucional, porque se asemeja á una jaula dorada.

Los nuevos edificios del parlamento destinados para reunir en ellos los tribunales y las dos cámaras, están todavía sin concluir: en Inglaterra se consideran como la maravilla arquitectónica del siglo y que deben reemplazar al antiguo parlamento que se quemó en 1834. Este caprichoso edificio es de estilo gótico del tiempo de Enrique VII. La parte que da al río presenta una fachada de mil pies de longitud, coronada con seis grandes torres, y la principal, la de Victoria, tendrá 400 pies de elevación; dicha fachada con alme-

nas dentelladas, está además adornada con cimbanillos sin cuento, figurando arbolitos de piedra y recargada de arabescos, follages, figurillas y escudos de armas. Sin embargo, la parte exterior del edificio, á mi entender, no presenta toda la seriedad y austeridad artística que exige el objeto á que se destina; es el más inmenso juguete arquitectónico que hay en el universo, y bajo este concepto merecerá grandes elogios. Cuando se mira de lejos tiene animación, seduce la vista y halaga los sentidos. Fácilmente se comprende que debe haber costado una locura, y esto es precisamente lo que más envanece á los ingleses, que voluntariamente acompañan á los viajeros que van á visitar á San Pablo solo por poder decir:

—Hemos gastado en esta obra treinta y siete millones y medio.

Westminster y el Parlamento me habían interesado, pero fué espectáculo muy pesado y enojoso la visita que hicimos después á las caballerizas de la reina.

Pueden considerarse como un colegio de caballos con palafreneros pedantes por profesores; á modo de biblioteca se recorren varias salas llenas de arreos de caballo: hay, sin embargo, una docena de estos de color isabela, cuyo pelo se asemeja á la seda más fina mezclada con una delicada pelusilla de oro, de un matiz y brillo casi increíble. Están destinados para tiro de la carroza régia en las grandes solemnidades y días de ceremonia. Cada uno tiene escrito su nombre encima del pesebre; uno se llama Cromwel, otro Voltaire, el tercero Orleans, etc., y yo pienso se les ha dado estos nombres para honrar á dichos sujetos, porque en Londres con el mayor gusto se pondría á los caballos el nombre de los parientes más inmediatos de su dueño.

Cansado ya de tantas ceremonias y deseando verme solo en esta ciudad donde cada uno vive para sí mismo, y donde la soledad es un placer, abandoné á mis compañeros con intención de ir al *Strand*, observar y hacer algunas compras.

En un *omnibus* que venía de Pimlico había aun un asiento desocupado en la imperial, y me encaramé guapamente ayudado por un caballero, que conociendo que era extranjero, me prodigó todas las atenciones y obsequios de que no participa el bello sexo en este singular país. Se apresuró á decirme que hablaba el español, y se ponía á mis órdenes, mas como vió que yo le contestaba en su idioma y que conocía bastante bien las calles, quedó muy satisfecho no siendo de estos entremetidos que verían con mucho gusto que os apaleaban por tener el placer de salir á vuestra defensa. Nuestra plática cesó con los ofrecimientos, pues es muy propia del carácter inglés la discreción.

Después de cinco ó seis minutos de silencio, juzgando conveniente volver á mi vecino el agasajo, le dirigí algunas palabras, tomando por pretexto un carruaje que pasaba junto al nuestro: era una calesa muy ostentosa, aunque poco elegante, tirada por dos caballos arrogantes. Sobre el pescante, muy adornado con bellas franjas, iba sentado un cochero vestido de negro, corbata blanca y guantes del mismo color, limpios como el armiño: en el fondo del vehículo iba recostado negligentemente sobre muelles almohadones un hombre sin frac ni levita, las mangas de la camisa arremangadas hasta encima del codo, sirviéndole de cinturón las puntas del delantal levantadas por delante, de manera que el cochero tenía todo el aire de un gentleman que llevaba á paseo á un artesano con el vestido de trabajar.



—¿Quién es ese hombre? pregunté á mi vecino.

—Es, me contestó, el mas rico carnicero de Londres: vuelve del matadero y se dirige á su casa en su carruaje. Sus abuelos ejercieron el mismo oficio, su padre lo ha dejado habiendo reunido un capital de mas de dos millones, y él por modestia continúa con la profesion de su padre, costumbre antigua muy honrosa porque este caballero carnicero posee en el dia cuatro millones.

Admiré la modestia de este hombre que por piedad filial se ha resignado á ganar humildemente dos millones y que se presenta con tanta ostentacion y orgullo plebeyo.

—Estas costumbres patriarcales, observó mi adlátere, son desconocidas en España; los padres no quieren que sus hijos ejerzan su oficio ó profesion, desean sacarlos de su esfera y condicion...

—No es general, me apresuré á contestarle; precisamente hay infinitas familias en que de padres á hijos se trasmite el arte que profesaron sus abuelos desde la cuarta generacion.

—Y es el único modo de adelantar, me contestó muy satisfecho.

Habíamos llegado á *Chancery-lane*, y mi hombre echó pie á tierra: sea distraccion, ó bien que ignoraba el sitio en que se hallaba, lo cierto es que no sabia por donde habia de dirigirse; yo se lo indiqué, y quedó sorprendido; me estrechó la mano y no se separó de mí sin encargarme mucho que tuviese cuidado de mis faltriqueras y que desconfiase de los infinitos rateros diestros en el oficio que tanto abunda en Londres: todo inglés os aconseja lo mismo con un celo verdaderamente hospitalario. Todavía le ví parado en la esquina de la calle como dudando si realmente se encontraba en el parage á donde iba.

No es extraño: me acuerdo que en cierta ocasion tenía que andar mucho y tomé un *cab*. Diciendo á donde queria ir, el cochero me rogó con la mayor sencillez le indicase el camino, y hube de servir de cicrone. Nada mas natural que tener que preguntar cuando se atraviesa por las calles de esta ciudad, cuatro veces mas grande que Paris: indicar las señas es la principal ocupacion de los policemen, siempre atentos y solícitos en servir al público: las mas de las veces el constable interrogado consulta con sus compañeros antes de dar las señas que se le piden.

Cualquiera sabe dirigirse al parage que desea, mas hay pocos que sepan distinguir las calles unas de otras, y nadie conoce bien á Londres, encontrándose en él aun los naturales como si fuesen extranjeros.

En todos los cuarteles hay calles que tienen un mismo nombre: veinte se encuentran por lo menos que llevan el de *Prince-street*, de *Queen-street*, de *York-street*, etc. Ademas de estas calles, unas se llaman *lane*, otras *road*, *place*, *terrace*, *hill*, *gate*, etc. Asi teneis á *Portland-estreet*, *Portland-place*, *Portland-road*, *Portland-square*, y otro tanto sucede con las voces *Grosvenor*, *Hanover*, *Saint-James*, *Waterloo*, *Warwick*, *Westminster*, *Surrey* y otras ciento. Estas calles de un mismo nombre están repartidas en todos los cuarteles de la ciudad. ¿Cómo, pues, es posible adivinar dónde está la que se necesita? se ve obligado el extranjero á designar el nombre de la calle, el cuartel, ó bien nombrar otra muy conocida inmediata á la que se busca. A veces tambien en un mismo cuartel hay dos calles del mismo nombre, tocándose una á otra. Frecuentemente su-

cede que las calles no tienen azulejos que indiquen su nombre, y si otras inscripciones que solo sirven para embrollar y confundir al viajero. Asi sucedió á un amigo mio, que se equivocó, y su desgracia divirtió mucho á los ingleses. Es necesario tener presente que en uno de los ángulos del azulejo en que está escrito el nombre de la calle ó *square*, la autoridad manda poner estas tres palabras: *Commit no nuisance*, no cometais delito alguno, esto es, no hagais cosa que ofenda á la decencia ó perjudique á la salubridad.

El recién venido, que deseaba recorrer la ciudad y encontrar despues su posada sin dificultad, saca su cartera y anota lo que esta escrito en el ángulo de la lápida de *Leicester-square*. Vedlo ya muy tranquilo: corretea todo el dia, se pierde, se extravía... no hay que temer: llega la noche y se lanza dentro de un *cab*. Hecho esto, con la satisfaccion y la misma seguridad que si conociése las calles como las de su pueblo, dice al cochero:

—*Commit no nuisance*.

El auriga echó á reir.

—¡Maldita pronunciacion! exclamó incomodado el extranjero, no me ha entendido.

Y muy satisfecho y alegre saca de la faltriquera la cartera y le muestra las señas; vistas por el cochero prorumpen en tan estrepitosas carcajadas que casi lo sofocan. El viajero se encoleriza: llama para testigos de la demasia á los pasajeros; pero estos, graves y mesurados en un principio, luego que ven la causa de la queja imitan al conductor riéndose hasta reventar.

La cólera de mi amigo llega á su colmo, maldice, patea, á cuyos estremos se agrupan las gentes; todos van decididos á ponerse de parte de éste, pero enterados del negocio, cada uno rie á cual mas. Llegan los agentes de policia; mas ¡ah! desaparece todo vislumbre de esperanza: sus risotadas reaniman las del gentío. En fin, se presenta un grave gentleman; ¡oh! es un sugeto muy puesto en razon: habla en español á la víctima, se entera de todo, y... da al traste con su gravedad y circunspeccion. Por último, entran las esplicaciones aunque no sin trabajo, y entonces mi amigo suelta la carcajada, que es la señal para que principie de nuevo el coro general.

A veces se le pone al hombre en la cabeza alguna niñería que luego se convierte en asunto grave. En Londres todos van armados con su baston, y vedme ya determinado á comprar uno, pero no podia encontrarlo á mi gusto. Hice parar mi carruaje en *Fleet-street*, en la Cité, y fui pasando revista por todos los fajos de bastones puestos á la puerta de las tiendas; entre en una y mandé me enseñasen un bambú que me pareció muy bonito; pero visto de cerca no me agradó. Articulé el monosílabo *no*, y esperé que me sacasen otro.

Pero con grande sorpresa mia vi que el mercader volvió á ocuparse en otra cosa: di varias vueltas por el almacén sin que llamase su atencion, y me salí sin que él hiciese la menor gestion para detenerme. En Londres nada se articula. Quise asegurarme todavia mas: entré en otra tienda, y por espacio de diez minutos anduve registrándolo todo, tocando cuanto veia sin pedir nada. Ni una palabra, ninguna pregunta, ningun ofrecimiento por parte del dueño. Me salí del establecimiento sin desplegar los labios, lo que le pareció sin duda la cosa mas natural del mundo.

En otra tienda hice que me enseñasen hasta veinte bas-



tones, y conforme los iba viendo me dió el deseo de comprar agujas: en su consecuencia di las gracias al mercader con una inclinacion de cabeza: él me saludó con la mayor política, de lo que quedé pasmado.

Un cuchillero estaba muy cerca de aquella tienda: me presentó las agujas que le pedí, y entonces me apeteció comprar un cuchillo; el fabricante me enseñó uno, uno solo: yo quería muchos; él puso una carrera de ellos sobre el mostrador, me dijo el precio de cada uno y me dejó. Examinados á placer me senté, y mirando al techo con aire distraído principié á tararear lo primero que me ocurrió; el artesano volvió á tomar la lima y continuó trabajando. Al cabo de algunos minutos me dijo:

—Hace mucho calor.

Y yo respondí muy á propósito:

—Yes.

Enredando y jugueteando con los cuchillos escogí uno; el fabricante lo examinó y me dijo:

—Este no es bueno.

Lo dejó sobre la mesa y volvió á su obra.

Presumiendo que sería oportuno reparar mi ignorancia, puse mayor cuidado en mi eleccion; le presenté otro, y entonces el cuchillero á su vez pronunció:

—Yes.

Necesitaba tambien un cortaplumas, y le pedí uno que

fuese escelente. El vendedor abrió un armario, fué buscando, y al fin escogió uno solo; me lo presentó, y diciéndole que sacase mas, me dijo:

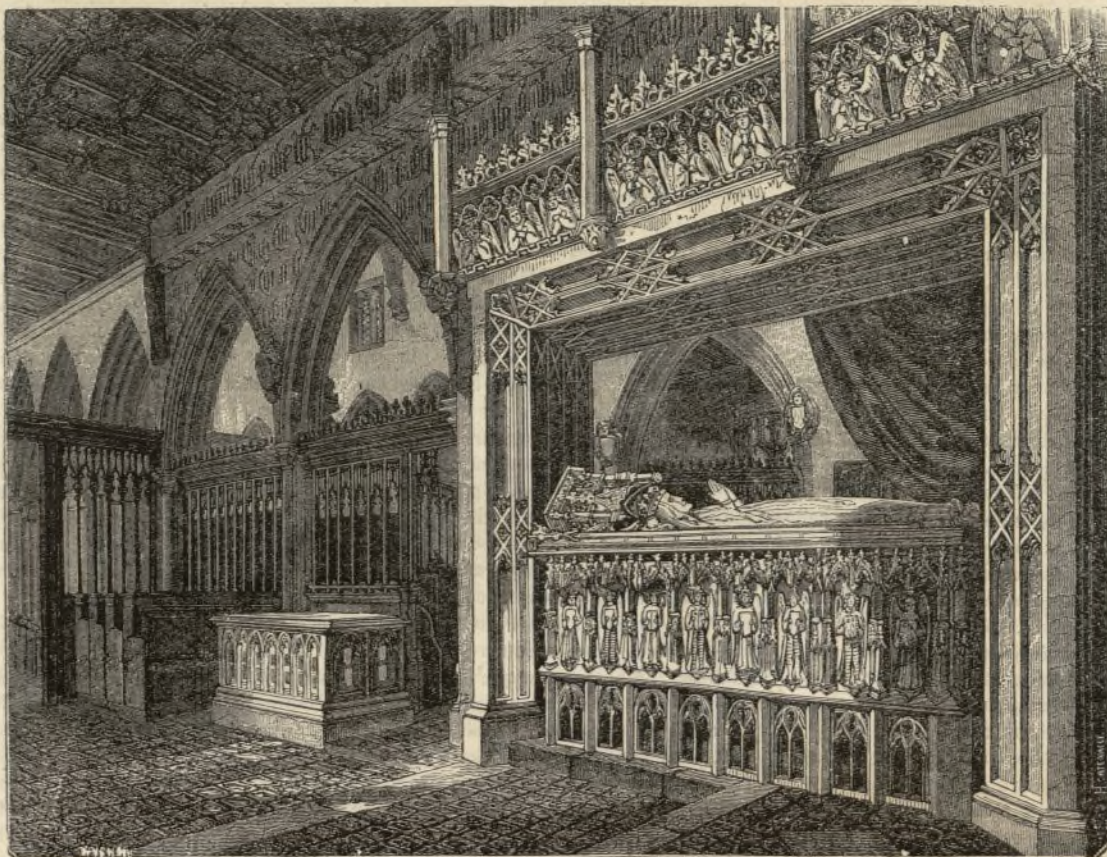
—Este es *very-good, very-good*.

Sin negarse á lo que le pedia se estaba plantado sin moverse, atormentándome con su eterno *very-good*. Al fin se lo compré: el mango está trabajado con mucho esmero, el acero supongo que es muy fino y bien templado; pero... no corta bien.

Al salir del taller se acercó á mí una ramilletera andrajosa, que por dos pences me daba un manojo de rosas sin olor, pero de una frescura admirable. En primavera está Lóndres cubierto de esta clase de rosas; las muchachas pobres las llevan á brazadas. Dos artículos son baratísimos en aquel pais: las flores y los gorros de algodón.

Pude hacer esta observacion un dia comprando guantes en un almacén en donde solo os enseñan uno ó dos dedos á la vez. Aunque estaba surtido con infinita cantidad de artículos de gusto y de capricho, es inútil decir que los encargados de su despacho se guardaron muy bien de elogiar su bondad y baratura. En las tiendas de mayor consideracion el dueño recibe el dinero como lo haria un demandante de la caridad, y os entrega el género que habeis comprado con una sonrisa grave y cortés como si os lo regalase.

(Se continuará.)



Una tumba de Westminster. (Véase la pág. 75).



# ESTUDIOS DE INDUSTRIA.



4.º Fabricacion de las botellas. 2.º Interior de una fábrica de cristal. 3.º Pulimento y azogado de los espejos.



## HISTORIA DEL VIDRIO Y DE SUS USOS.

Paseo á Saint-Mandé.—Un contraste.—La cristalería.—Fabricación de los sujeta-papeles con flores.—Utensilios de vidriería.—Composición del vidrio, del cristal, del flintglas, del esmalte.—Colorado.—El hacendista del 93 y Darcey.—Las vidrieras.—Como se hacen las vinageras.—Espejos.—Historia del vidrio y de los vidrieros en China, en Fenicia, en Persia, en la India, en Roma y en Egipto.—Un vaso de 12,000 reales.—Redoma lacrimatoria.—El vidrio maleable.—Anécdotas.—Tiberio y Richelieu.—El elixir blanco.—Papel con aceite ó encerado.—Ventanas.—Vidrieras.—Primer alumbrado de París.—Privilegios de los vidrieros.—Usos modernos del vidrio.—El espejo conyugal .... sin aliñe ni hoja de estaño.

Hace algun tiempo que visitando las inmediaciones de París, volvia de Saint-Mandé por el camino de Bel-Air. El cielo estaba sereno y el sol calentaba poco, porque nos hallábamos ya en el otoño: las amarillentas hojas cubrian el suelo de la larga calle de árboles y crugian suavemente debajo de mis pies. Las casas, aunque pequeñas, eran elegantes, tenían buenas fachadas y se extendian en dos líneas a derecha é izquierda; varias personas se paseaban, y gozaban como yo de aquel hermoso día. Conociase fácilmente que habitaban en las inmediaciones, porque eran ancianos que se apoyaban en un baculo, mugeres con niños pequeños, y todos tenían cierto aire de distincion y bienestar. Aquella alameda que hasta entonces me era desconocida, me pareció encantadora: no podia creer que estuviese á dos pasos del arrabal de San Antonio. Parecíame mas bien que me hallaba en Versalles, en esa poblacion ociosa y silenciosa, que conservará eternamente el sello aristocrático impreso en su frente por la poderosa mano de Luis XIV. Sentia vivamente la influencia del mundo exterior en nuestras disposiciones, y decia para mí, que evidentemente con tanto espacio, tanto aire y tanta luz, es imposible no abandonarse á un delicioso *far niente*, así como es imposible pensar en otra cosa mas que en un trabajo muy pesado, al atravesar las estrechas y sombrías callejuelas del antiguo París. Sumido en estas reflexiones continuaba avanzando, cuando al acercarme á la barrera del Trono, vi elevarse enfrente de mí á orillas del camino, que se habia vuelto negruzco y sucio, algunas casas bajas y sombrías de las que salia un humo muy denso: varios hombres con los vestidos poco limpios con el trabajo, se agitaban en derredor de ellas. ¡Adios sueños dorados!..... ¡Adios reposo y poesía!.... me volvia á encontrar con la realidad ruda y laboriosa que nuestras numerosas necesidades han creado.

Sin embargo, en aquel contraste tan pronunciado entre esos dos paseos que casi se tocan, habia otra especie de poesía, y sobre todo de enseñanza. Me acerqué á la fábrica y supe que lo era de cristal; al momento solicité el permiso de entrar en ella. En aquel instante no hacian mas que una cosa, sujeta-papeles con mil flores; pero aquello era hasta curioso para mí, que jamás habia podido comprender, como se lograba formar esos objetos tan encantadores como inútiles.

En medio de un piso bajo de regulares dimensiones, se elevaba un horno circular de ladrillos refractarios, en el que el fuego no se apaga jamás. Al derredor se veian unos hombres pálidos y llenos de sudor, que introducian en las inflamadas bocas del horno, unas largas cañas ó tubos de hierro, y las volvian á sacar cargadas en su estremidad, con una bolla hecha ascua de vidrio en fusion. Por todas partes

se veian sembrados pedazos de cristal que brillaban como diamantes. Por acá y por allá relucian tubos de vidrio de diferentes colores, frascos, copas y vasos de cristal de todas formas y colores. En un rincon, muchas mugeres sentadas junto á una mesa, colocaban sobre una especie de salvilla ó platillo, unas florecitas de vidrio fabricadas al soplete, que debian formar un sujeta-papel. El ramillete que componian de aquel modo, era introducido con la salvilla en el horno. Cuando aquel ramillete, sin perder nada de su forma, estaba enteramente hecho ascua, un operario le sacaba del horno con una pala, y se le entregaba á otro, que con la punta de un tubo de hierro, tomaba de un crisol la cantidad exactamente necesaria de vidrio en fusion para formar la parte superior del sujeta-papel. Colocando su tubo perpendicularmente sobre el ramillete ponía las florecitas en la pasta viscosa, dejaba en el suelo la salvilla, y poniendo en seguida su tubo horizontalmente sobre los brazos de una especie de sillon de madera, la daba vueltas endureciendo el vidrio con un pedazo de madera mojado, hasta darte la forma conveniente. Si notaba en algun sitio cualquier defecto ó escrescencia, cortaba con unas tijeras la parte defectuosa, y comenzaba á arreglar lo que faltaba. En ese estado la masa se halla candente, mas sin embargo, se distinguen las flores por su diferencia de matiz. Luego, cuando el cristal está ya frio, van apareciendo gradualmente los diferentes colores de las flores. Esta coloracion, que se efectua en algunos segundos, es una de las cosas mas sorprendentes.

La masa ó pasta que se aplica con la punta del tubo no forma todavía mas que la parte superior del sujeta-papel. Vuélvenla á calentar en el horno, la sacan, y otro obrero añade á la punta una pequeña cantidad de vidrio, cogida como siempre con la estremidad de un tubo, merced á la cual el ramillete se encuentra enteramente cubierto de cristal. Separan el todo del primer tubo ó caña, y con la madera humedecida, dan á la parte superior una forma esférica: la calientan otra vez, la sacan, y con unas tijeras cortan la parte que ha quedado adherida á el segundo tubo: despues colocan el sujeta-papel, completamente concluido en un horno, en donde se va enfriando lentamente: si le dejasen enfriar con rapidez, quedaria muy frágil, y aun se quebraria con la influencia de las corrientes de aire. Mientras que el vidrio está en fusion, se le manipula sin riesgo con instrumentos mojados, porque la diferencia de temperatura es tan grande que el agua que se evapora no produce ningun efecto sobre la pieza trabajada: por el contrario, cuando comienza á enfriarse, el contacto del mismo instrumento humedecido, la haria romperse al instante. En muchas circunstancias se sirven de una varilla de hierro fria ó mojada para cortar el vidrio caliente; mas para el vidrio frio usan una varilla caliente.

La sencillez de los instrumentos ó utensilios que se emplean en la fabricacion del vidrio, es verdaderamente notable. El principal es la caña ó tubo de hierro con que el obrero coge el vidrio, le sopla, le arregla haciendo rodar sobre él la caña, y le dilata ó alarga balanceando la caña ó haciéndola girar en derredor de su cabeza: sigue luego una especie de tenacilla de hierro, y unas especies de paletas de madera, que sirven para dar forma á la pasta; un banco de madera con brazos sobre los que el obrero pone su caña y la imprime un movimiento giratorio; para las piezas



delicadas un candil de esmaltador, unos sopletes, un hornillo, y algunos crisoles, son los únicos instrumentos necesarios para fabricar los mas preciosos objetos de cristal.

La sencillez de los instrumentos corresponde á la maravillosa docilidad de la materia sobre que se obra. El vidrio en fusion está en un estado pastoso, y se halla dotado al mismo tiempo de una maleabilidad y de una tenacidad estremadas. Modelado con un pedazo de hierro ó de madera mojados, toma todas las formas imaginables: soplado con una caña ó tubo, se infla como una burbuja de jabon, y se adelgaza de tal modo, que se le puede reducir á polvo en las manos sin lastimarse. Si dos hombres, portadores de dos cañas introducidas en la misma masa de vidrio se alejan rápidamente, se forma entre ambos un tubo de una tenuidad estremada: si una punta de este tubo se arrolla en un manubrio que gire con velocidad, se le puede sacar tan fino ó quizá mas que un cabello, y pueden hacerse con él, no tan solo tejidos, sino hasta pelucas.

Al verme admirado de la fábrica de cristales de Saint-Mandé me dijeron que habia otra en Clichy de Gaseune: acudí allí presuroso, y encontré en una escala mucho mayor los mismos objetos que tanto me habían interesado.

Contra lo que sucede en la mayor parte de las industrias, en que la primera materia sufre muchas preparaciones en diversas clases de fábricas, y en que estas mismas toman prestados de otros oficios los instrumentos de que hacen uso, los vidrieros manipulan por sí mismo todo lo que sirve para su arte. En Clichy se veían montones de arenas, (silice) de potasa, de alumbre, de minio, (óxido de plomo) destinados á formar, por medio de su fusion, la materia del vidrio. Habia allí una especie de molino con una muela de mucho peso para pulverizar las primeras materias; un obrador en donde se fabricaban á mano crisoles de arcilla tan grandes como toneles, que deben conservarse durante seis ú ocho meses en un sitio caliente para que se vayan secando lentamente: un espacioso salon que contenia dos hornillos gigantescos, en donde el cristal encendido hierve perpetuamente, en diez ó doce crisoles enrojecidos como el fuego. En seguida habia otro obrador en que sesenta ú ochenta operarios cortaban los objetos de cristal lentamente enfriados; y por último, el almacén en donde se veían hacinados y mezclados los variados productos de tan rica industria.

El vidrio propiamente dicho, el que sirve para las vidrieras de los balcones, por ejemplo, se compone de cien partes: setenta de silice, quince de cal y quince de sosa; se funde con leña en crisoles no cubiertos.

Cuando se ha tratado de substituir á la leña el carbon de piedra, el humo que éste desprendia ha obligado á emplear crisoles cubiertos; pero entonces se ha obtenido menos calor y ha sido necesario buscar un *fundente* mas activo. Se ha echado mano del *minio* (óxido de plomo), y ha resultado una especie de vidrio que tiene calidades mas preciosas, y al cual se ha dado el nombre de cristal. Por lo regular se compone de tres partes de arena pura, dos de minio y una de carbonato de potasa. En los objetos de lujo, el cristal ha destronado al vidrio, por manera que en el dia hay fábricas de cristales, en donde aun quemando leña se emplea como *fundente* el óxido de plomo. Aumentando la proporcion de este óxido se obtiene el cristal que sirve para los instrumentos de óptica, y aumentándole mas se producen los esmaltes.

Para dar color al cristal se introducen en él los óxidos de diversos metales. Al cristal encarnado ó rosa se le da colorido con un cloruro de oro. Durante la primera revolucion de Francia, no sabemos qué hacendista jacobino ideó el que los vidrios encarnados de las vidrieras de la edad media, podian llegar á ser un recurso para su patria. A petición suya se enviaron á la casa de moneda de París muchos cajones de aquellos vidrios, para ver si era posible sacar de ellos algun oro. Mr. Darcet demostró que aquel vidrio no contenia mas que cobre, y de ese modo salvó de la destruccion esos magníficos monumentos del arte cristiano.

¿Quereis saber ahora cómo se fabrican las vinageras? Un obrero toma de un crisol con la punta de la caña el cristal necesario: le balancea para alargarle, y hace que otro soplo en la caña, mientras que con los hierros da á la burbuja que se infla, la forma que debe tener. La vuelven á calentar, colocan en el fondo otra caña, y se quita la primera del cuello por medio de un golpe; luego un obrero ensancha el gollete con un hierro, le corta con unas tijeras y le da la forma de pico. Otro obrero trae en la punta de un hierrecillo una porción de cristal fundido, suficiente para hacer un cordoncillo que se pone alrededor del cuello, y para formar el asa: coloca sobre el cuello de la vinagera la punta de aquel cordoncillo de cristal, dilatado por su propio peso. El obrero que tiehe la vinagera, corta al largo que quiere, toma la punta de aquel cordon con unas tenacillas y le coloca en el vientre de la vinagera, le apoya en ella para fijarle, le da la forma que le place, y por último desprende la pieza de la caña con una fuerte sacudida. Llega otro obrero, la toma en la punta de una varita y la lleva á un horno, en donde se enfria lentamente, y todo está concluido.

Los obreros aprecian tanto el tubo ó caña, que se sirven de ella aun para fabricar cristales y lunas para espejos. Al efecto soplan un pedazo de vidrio, que dividen luego todo á lo largo y colocan en un horno, en donde se reblandece y estiende de modo que se queda plano. Se concibe muy bien que el tamaño de ese pedazo es limitado, y he ahí por qué nuestras abuelas no tenian mas que espejos pequeños. Hace muy poco tiempo que se ha inventado (lo cual parecia, no obstante, mucho mas sencillo) el derramar vidrio derretido sobre una tabla de bronce, y pasar por encima un cilindro que le aplane.

Toda aquella fabricacion me habia parecido tan curiosa, que quise saber mas acerca de ella, y al efecto consulté varias obras que trataban de la materia: hé aqui el resumen:

Los antiguos conocian el vidrio; pero su fabricacion permaneció por largo tiempo tan incierta y dispendiosa, que parece no le empleaban sino en un corto número de usos, y por lujo.

Dejando á un lado á los chinos, entre quienes la fabricacion del vidrio se remonta sin duda á una época muy lejana, parece que los primeros vasos y espejos de vidrio fueron fabricados en Sidon, en Fenicia. Los sidonios habian llegado á colar el vidrio con molde: hacian hasta columnas concavas, que parecian luminosas durante la noche. Segun refiere Plinio, fueron los primeros que soplaron el vidrio, que le tornearon ó dieron vuelta, y que grabaron sobre esa materia toda clase de figuras huecas ó en relieve.

Entre los persas, antes del reinado de Alejandro el Grande se servian de vasos de vidrio, y los embajadores que los atenienses enviaron á aquellos pueblos, hacen relacion de



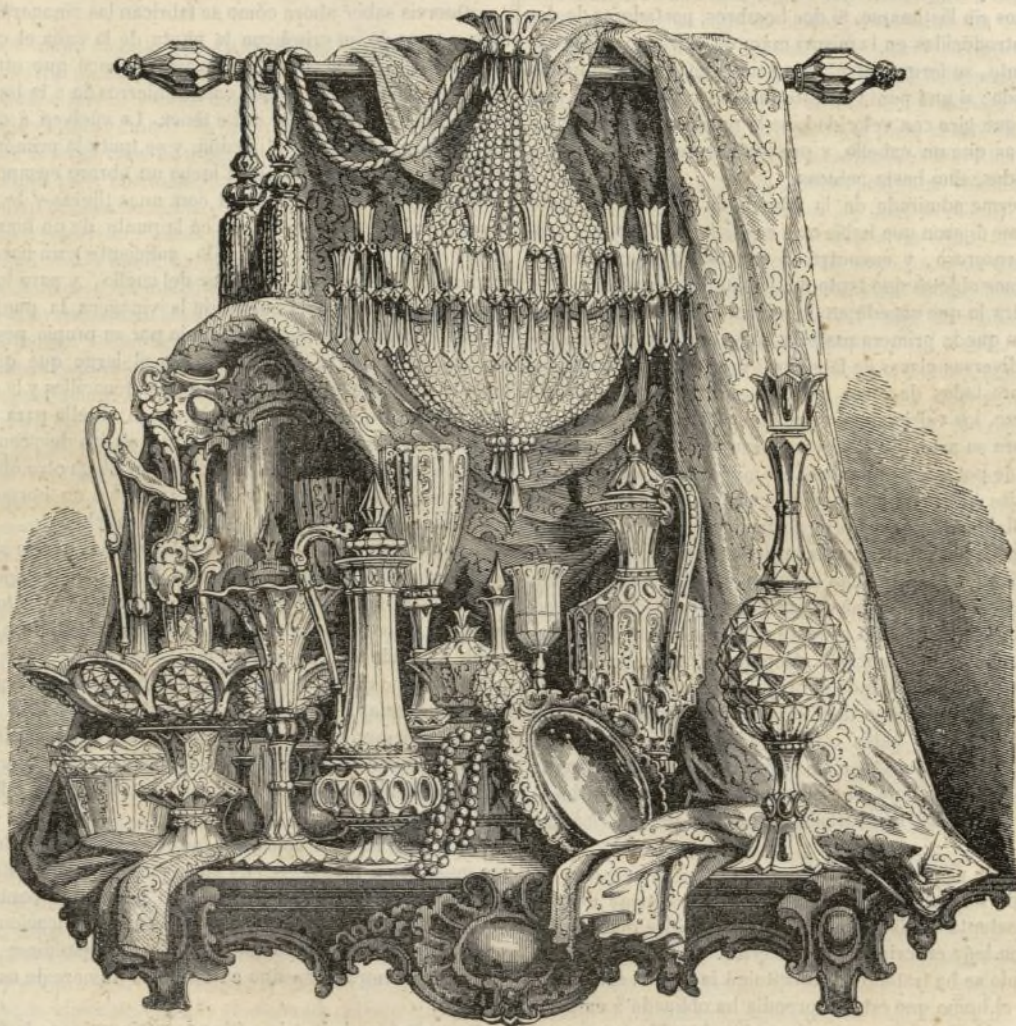
aquel uso entre ellos como una prueba de su riqueza y magnificencia. Los persas han conservado el arte de fabricar el vidrio: en Schiras se hace el mas hermoso de todo el Oriente, y se pretende que allí saben pegar los pedazos del vidrio como nosotros los de la porcelana.

Los habitantes de la India, los griegos, los galos y los españoles, poseían fábricas de vidrio antes que las hubiese en Roma; hasta el imperio de Augusto no se establecieron en la capital del mundo.

No se han encontrado objetos de vidrio que puedan atri-

de varios colores para beber. Le participa que habia recibido aquellos vasos del gran sacerdote de un templo famoso de Egipto, le invita á que se lo participe á su hermana, y le recomienda que no se sirva de ellos mas que en los grandes festines. Sin duda era alguna cosa análoga á los vasos de Bohemia.

El mismo Vopiscus refiere que un oficial ó empleado en la corte de Zenobia, habia llevado el lujo á tan alto grado, que las paredes de su palacio estaban adornadas con hojas ó láminas de cristal puestas en cuadros.



Modelo de obra de vidrio y de cristal.

buirse con alguna certeza á los fenicios, los egipcios, los etruscos y los griegos; pero se conserva un gran número de ellos procedentes de los romanos. El vidrio de fábrica romana se hallaba ya á un precio módico en Roma, cuando Plinio escribía su *Historia Natural*; pero era poco transparente y estaba muy cargado de matices verdes. El vidrio blanco imitando al cristal de roca, y el vidrio de diversos colores, venia de Egipto y costaba escesivamente caro. En Vopiscus se lee una carta del emperador Adriano al cónsul Serviano, su cuñado, dándole aviso de la remesa que le hacia de vasos

Los romanos mas opulentos encontraban tan delicioso el beber en copas de vidrio, que las preferían á los vasos de oro y plata. Una tacita de vidrio con dos asas, que Nerón rompió en un momento de cólera, le habia costado 600 sestercios, equivalentes á unos 12,000 reales. El vaso que Petronio hizo reducir á polvo antes de morir, para impedir que aquel emperador se apoderase de él, era todavía de un precio mucho mayor.

Las obras de vidrio mas ordinarias que se hacían en las fábricas romanas consistían en utensilios de mesa, es decir,



en platos, jarras, botellas, tazas y vasitos; sobre todo se hacían con el vidrio aquellas botellitas llamadas lacrimatorias, que en tan grande número se encuentran en los sepulcros de los antiguos, y que en su preciosa sustancia contenían algo mas precioso todavía, las lágrimas derramadas por el dolor de los que les sobrevivían. Solo que los pobres muertos eran con frecuencia robados en cuanto á la calidad de las lágrimas. Las botellitas no estaban perfectamente fa-

el Espejo de Virgilio. El padre Mabillon, encargado en 1663 de enseñar el tesoro, dejó caer aquel espejo, que se hizo pedazos. Semejante torpeza, digna de un sabio, le hizo perder su empleo. Se analizó un pedazo del espejo y se reconoció que contenía mucho plomo: era, pues, una especie de cristal.

La fragilidad del vidrio, aunque ha llegado á ser proverbial, no sería inherente á su naturaleza si se hubiese de creer



Usos del cristal: anteojos, botella, koleidescopio, armónica, espejo, lente, telescopio, termómetro.

brica y el vidrio blanco de los romanos estaba sujeto á producciones que empañaban su brillo.

Los egipcios, y después de ellos los romanos, hicieron entrar el rio de color en los mosaicos con que adornaban sus techos. Parece que hicieron también espejos. En otro tiempo, el tesoro de San Dionisio se veía una masa oval de vidrio de peso de mas de treinta libras, que se llamaba

dos anécdotas que refieren con seriedad autores graves.

Plinio, Casio é Isidoro cuentan que cierto arquitecto, habiendo vuelto á levantar de una manera admirable un gran pórtico de Roma que estaba inclinado á un lado, el emperador Tiberio le pagó y le mandó espulsar de la ciudad, con prohibición de poder volver á entrar en ella. Sin embargo, el mismo individuo encontró el medio de hacer maleable el



vidrio, y creyó que tan grande descubrimiento podría alcanzarle su perdón. Volvió á Roma, se presentó al emperador, y le ofreció un vaso preparado segun su secreto. El príncipe, disgustado de que se hubieran infringido sus órdenes, arrojó el vaso al suelo; pero no se rompió y no hizo mas que abollarse. El inventor le cogió, le colocó sobre un pequeño yunque que llevaba consigo, y golpeándole con un martillo le repuso en un momento en su primitivo estado. Tiberio, sorprendido, le preguntó si era el único que conocía un secreto tan raro, y el arquitecto triunfante contestó que sí; pero Tiberio mandó que inmediatamente le cortasen la cabeza, por temor, dicen los historiadores, de que si el vidrio llegaba de aquel modo á ser maleable, conservando su transparencia, los diferentes metales, y aun el oro mismo, no perdiesen su valor. He ahí, preciso es confesarlo, una sentencia extraña, motivada por una teoría bien curiosa de economía política.

Segun Haudicquer de Blancourt (*Arte de la vidriería*), un hecho análogo habría ocurrido en tiempo de Luis XIII.

«Se asegura, dice, que habiendo encontrado un sabio el mismo secreto, presentó una hermosa figura de vidrio al cardenal de Richelieu, que era el protector de las ciencias. (Singular protector si se ha de creer la anécdota.) Aquel gran ministro quiso tomar la figura para admirarla mejor, pero el que se la presentaba la dejó caer de intento, lo que al parecer incomodó mucho al ministro. Pero aquel hombre la alzó y volvió á componer las partes que habían padecido, con tanta destreza, que no se advertía ninguna abolladura, lo que sorprendió sobremanera al sabio ministro, que no ignoraba la causa. Pero las razones políticas que creyó tener, por las consecuencias de aquel secreto, le obligaron á mandar prender al que le habia encontrado. De este modo, la fortuna que pensaba hacer con tan raro é importante trabajo, se convirtió en prision perpetua.

«Paucirolo y toda la cábala de los filósofos químicos, prosigue el buen Haudicquer, atribuyen aquella maleabilidad al elixir blanco. Lo que creemos muy posible por las infinitas virtudes que sabemos debe contener ese precioso elixir, con el que tambien se pueden convertir los cristales en verdaderos diamantes. Es sabido, como lo afirma el docto Lullio, que el elixir rojo convierte el vidrio en rubí, en carbunclo y le da dureza y maleabilidad.»

Por lo que á mi hace, confieso que no tengo grande confianza en el elixir rojo, ni en el elixir blanco, ni tampoco en las dos anécdotas.

El uso del vidrio en las ventanas es bastante moderno. Los griegos y romanos, como en el día la mayor parte de los orientales, cerraban sus ventanas con una especie de celosías. Servíanse tambien de piedras transparentes, uso que todavia subsiste en el Norte, en donde al efecto se emplea una especie de talco. Mas recientemente se guarnecieron las ventanas con papel mojado en aceite, porque para que el uso de los vidrios llegase á ser general, era necesario que su precio fuese muy moderado. No nos apresuremos, sin embargo, á felicitarnos por este perfeccionamiento. He aqui lo que pensaba un partidario decidido del noble arte de la vidriería, Le Vieil, pintor de cámara, en vidrio, que murió en 1772. Los bastidores guarnecidos de papel se usaron mucho antiguamente en París, en donde es muy raro encontrarlos ya, como no sea en los talleres de pintura y grabado. Esos bastidores tenian las habitaciones mas cerradas é

impenetrable al ruido exterior; su luz era mas uniforme y cansaba menos la vista: como el sol no pasaba por entre los poros del papel como penetra los del vidrio, sus rayos no eran tan vivos desde por la mañana, y la claridad que el papel parecía encerrar en las habitaciones, se perpetuaba por la tarde con mayor duración. No habia sitio de estudio ni comunidad religiosa, que no tuviese bastidores dobles guarnecidos con papel: aquellos bastidores servían tambien de cortina contra la indiscreción y la curiosidad de dentro y de fuera. Este uso se ha perpetuado en Lyon en las fabricas de telas de seda, en donde suministra á los obreros una luz mas igual que el vidrio.

El grande inconveniente del papel, es que debe renovarse todos los años.

Parece segun varios pasages de Lactancio y San Gerónimo, que el uso del vidrio en las ventanas se introdujo á fines del siglo III; pero entonces evidentemente era un lujo raro y costoso. Fortunato, obispo de Poitiers que murió á fines del siglo VI, al hacer la descripción de la iglesia de París, elegantemente adornada por orden de Childeberto, celebra el efecto admirable que producian los vidrios de las ventanas al salir la aurora. La iglesia de Santa Sofía, construida en Constantinopla por el emperador Justiniano, tenia tambien ventanas con vidrios. Segun parece, las vidrieras de colores no comenzaron á usarse en Italia hasta el siglo XVIII: pero este pertenece mas bien á la pintura, y por lo mismo lo omitiremos.

Hay una distancia muy grande del magnífico alumbrado de las catedrales al de nuestras calles. En 1667 se comenzó á iluminar la ciudad de París por medio de faroles públicos de forma muy imperfecta: contenian dos velas de diferente grueso, para dar mas ó menos luz, segun el tiempo. Aunque el número de aquellos faroles ascendió bien pronto á siete mil, París estaba muy mal alumbrado. Como las velas no podían despabilarse, daban muy poca luz, y el plomo que formaba la cubierta de los faroles, proyectaba una sombra cuya oscuridad era temible. Desde el primer cuarto de luna de mayo hasta el plenilunio de agosto no se encendían los faroles: hasta 1769 no se adoptaron los reverberos, e debían alumbrar desde el anochecer hasta las tres de la mañana, cuando no hubiese luna. El día de Navidad y los carnavales permanecían encendidos toda la noche.

Ya hemos dicho cuales eran los usos del vidrio en otros antiguos; hablemos ahora del que tiene entre los modernos. Esta materia, mas preciosa que el diamante, puede decirse que es la que mas ha contribuido á aumentar los conocimientos del hombre. Con ella se devuelve la vista á las personas que la tienen cansada (los anteojos); con ella se descubren los misterios de lo infinito en los espacios lejanos (los telescopios); de lo infinito en pequenez en los millones de átomos organizados que pululan sobre nuestro globo (los microscopios); con ella se reproduce de una manera milagrosa, aunque pasajera, la imagen de todos los objetos existentes (los espejos, las cámaras oscuras), y fija la misma imagen sobre el metal ó sobre el papel (el guierreotipo); con ella la química, la cirugía, la historia natural, y todas las ciencias, han podido hacer progreso (las retortas, los alambiques, los instrumentos quirúrgicos de toda especie, las colmenas de cristal, losómetros, los termómetros, las máquinas eléctricas, pneumáticas, etc.). Descendiendo á usos menos importantes, pero utilidad



diaria, con ella se iluminan las casas de día y de noche: con ellas los grabados, las péndolas y relojes, se preservan de los contactos que podrían perjudicarlos. El espejo ustorio llega a ser un creador del fuego concentrando en la yesca los rayos del sol (vidrios lenticulares); los vinos preciosos que regocijan el corazón del hombre, el agua, las esencias, los medicamentos necesarios para su adorno y su salud se conservan en esta materia (las botellas). Se han hecho con ella objetos de adorno é instrumentos de música (las armónicas) y una especie de barniz que puede aplicarse sobre la madera, la tela, las decoraciones de un teatro, y que las preserva de incendios: en una palabra, esta sustancia llena los usos mas diversos, los mas útiles y numerosos, de tal modo, que los que están habituados á servirse de ella, no conciben como les sería posible el carecer de cosa tan preciosa. Los reyes de Francia han querido honrar á los que trabajan en esta materia, tanto como en China se honra á los labradores, y al efecto Carlos VII confirmó todos los privilegios concedidos por sus predecesores, y aun añadió algunos otros, cuyo ejemplo ha sido tambien imitado por sus sucesores.

Concluiré, pues, contando una historieta que me refirió una antigua amiga mia, muger tan bondadosa como distinguida.

—Conozco, me dijo, á un jóven de mucho talento y á una jóven encantadora que se han casado hace poco tiempo, que se aman con delirio, y que no pueden vivir en una misma atmósfera. Ambos tienen poco salud: la muger experimenta la necesidad de respirar un aire vivo y fresco, mientras que el marido se siente acometido de una tos convulsiva en cuanto sale de una temperatura muy elevada.

—Verdaderamente, la dije sonriéndome, que esos dos esposos que se adoran, producen para mí el efecto del día y de la noche.

—No os riais, replicó mi amable interlocutora: lo que acabo de deciros es muy sério, y por lo que á mí hace, se me despedaza el corazón cuando pienso en ello: para verse al menos, y para poder conversar juntos han mandado hacer en su habitacion una especie de tabique de cristal, y á este suplicio de Tántalo están condenados hasta el momento de su eterna separacion.

Al ver este prodigioso uso del vidrio, incliné mi cabeza, y guardé silencio.

P. G.

## MANGORA.

LEYENDA HISTORICA. (1530—1532.)

(Continuacion).

Y prestar luego el oído  
Como quien atento escucha,  
Al mismo tiempo que lucha  
Con doble, encontrado afán:  
Y de venganza el deseo  
Y el terror que le anonada,  
Reflejarse en su mirada  
E irresoluto ademan.

Y esconder en las rodillas  
La desgredada cabeza,  
Como quien se humilla y reza  
Para su miedo vencer,  
Y supersticioso implora  
Los mentirosos agujeros  
De brujas y de hechiceros,  
Sectarios de Lucifer.

Y levantar poco á poco  
La pálida frente mística,  
Y decirse con angustia  
Y á media voz: «Suerte cruel  
Nos aguarda en el castillo  
Esta noche... ¿si el cristiano  
Tiene al Valichú (1) en su mano  
luchar con él? ¿Para qué?

»¿Para qué cuando en nosotros  
Su sed de sangre no ceba  
Ir á su terrible cueva  
A provocar al león?  
¿Para qué herirle, ¡insensatos!  
Si á su alarido de guerra,  
Rota en mil partes la tierra  
Nos tragará su explosion?.....»

En esto, cual misteriosa  
Negra aparicion que espanta,  
Envuelto en rayada manta  
Un hombre pisó el dintel.  
Era alto, rojizas plumas  
La ancha frente le adornaban,  
Pero sus ojos brillaban  
Con una espresion mas cruel.

¿Mangora! dijo uno, y todos  
¿Mangora! á la vez dijeron,  
Y de pie todos le hicieron  
Profunda salutacion.  
Y el intrépido caudillo,  
Sin dar un paso adelante,  
Los contemplaba arrogante  
Con ira y satisfaccion.

Y así estuvo largo rato  
Sin marchar ni abrir la boca,  
Como amenazante roca  
Que ya en el aire se ve;  
Como hambriento jaguar  
Sobre la puerta en acecho,  
Hasta que al fin satisfecho  
Alzó de repente el pie,

(1) Valichú. Segun nuestros indios es el genio del mar que en todas partes está: aunque le agrada ocultarse en el seno de las nubes, en el fondo de los volcanes, en los cañones de las armas de fuego, etc.: así cuando truena, relampaguea ó cae un rayo, cuando estalla un volcan, les hiere una bala ó les postra una enfermedad cualquiera, conjuran al Valichú para que los deje en paz, pues que él únicamente es la causa de todo lo malo que les sucede, hasta de las cosas mas insignificantes. Sobre este particular es digno de leerse el diario de la expedicion á la Sierra de la Ventana, por el coronel don Pedro Andrés García.—Col. de Angelis, tomo IV.



Pasó el umbral, y lanzando  
En redor una mirada,  
Con feroce carcajada  
Ardiendo un tizon tomó,  
Trazó un círculo en la tierra,  
Y en misterioso lenguaje  
Así á la turba salvage  
Casi frenético habló:

«¡Aquí en acecho!..... y apenas  
Os dé Siripo el aviso,  
Acometed de improviso,  
¡Que todos, todos caerán!»  
Y salió de allí en seguida  
Devorando sus enojos,  
Atrás volviendo los ojos  
Con irritado ademán.

## IV.

## LA ORGÍA

*(Salió el mangoré con treinta mancebos muy robustos cargados de comida, pescado, carne, miel, manteca y maíz, con lo cual se fué al fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales y lo restante á los soldados, de que fué muy bien recibido y agasajado de todos aposentándole dentro del fuerte aquella noche.—RUY DIAZ.)*

De allí á unos instantes, en una gran sala  
Indios y españoles reunidos están,  
Brindando en tumulto por la union y gloria  
De las dos naciones que hermanó la paz.

Ruedan las botellas, se chocan los vasos  
Llenos de espumoso, pérfido licor,  
Y en estrepitosos brindis que no acaban  
Alzan embriagados á un tiempo la voz.

Porque tras las ansias del dolor ó el hambre  
Si propicio el cielo nos escucha al fin,  
Abusamos siempre de los dones puros  
Que su Providencia nos reserva aquí.

Y por eso ellos olvidar querían,  
Gozando hoy felices, el día de ayer,  
Y en fastuosa mesa, con risas y bromas  
Ahogar en el vino su tormento cruel.

Puesto que encerrados en débil castillo,  
Do en vano flamea de España el pendon,  
Su real dominio se limita apenas  
Al breve terreno que el muro abarcó.

Sin ningún apoyo, de víveres faltos,  
Están ya cansados de esperar allí;  
Pues sus compañeros en audaz empresa  
Quisieron adentro de las tierras ir.

Y ellos no podían quebrantar su orden  
Dejando aquel punto por otro mejor,  
Ni internarse adentro ni trabar contiendas,  
Con la grey adusta que el monte ganó,

Desde que sintiera retumbar el trueno  
Vomitando esferas de rojiza luz,  
O tal vez de intento para que no hubiese  
Sometido á ellos un solo *Timbú*,

Que pudiera darles relacion sucinta  
De aquel misterioso, sombrío país,  
Ni indicar los puntos donde habia abundantes  
Indígenas frutas, ganado cerril.

Ese era el motivo porque los iberos  
Ya el hambre sentían en todo su horror,  
Y á salir al campo no se resolvían,  
Mirando emboscada do quier la traicion.

Pero ahora un cacique de infausto renombre,  
Que ya de emisario viniera otra vez,  
Con víveres frescos y dulces bebidas,  
Treinta indios cargados depone á sus pies.

Y luego insinuante, con rostro halagüeño,  
Les habla afectuoso de union y de paz,  
Diciendo que todo su pueblo reunido  
Quería alianza con ellos formar.

A tan generosa, magnánima oferta,  
Lara, que era el gefe, las gracias les dió,  
Prometiéndole en nombre de su rey y tropa  
Cumplir su promesa cual noble español.

Y ya entusiasmado, lleno de alegría,  
Para mas probarle su amistad así,  
Afable le ruega que dentro el castillo  
Con sus compañeros se quede á dormir.

Pues ellos querían obsequiar atentos  
Al primer amigo que les brinda union...  
¡Ay! un alma noble que no abriga engaños  
Nunca de antemano la maldad previó.

Por eso, ¡insensatos! sin recelo alguno,  
Beben delirantes hasta la embriaguez,  
Y no ven las letras que invisible mano  
Graba misteriosa sobre la pared!

Por eso, anhelosos, con trémulo acento,  
A veces preludian un canto de amor,  
Y en estrepitosos brindis que no acaban  
Alzan embriagados á un tiempo la voz.

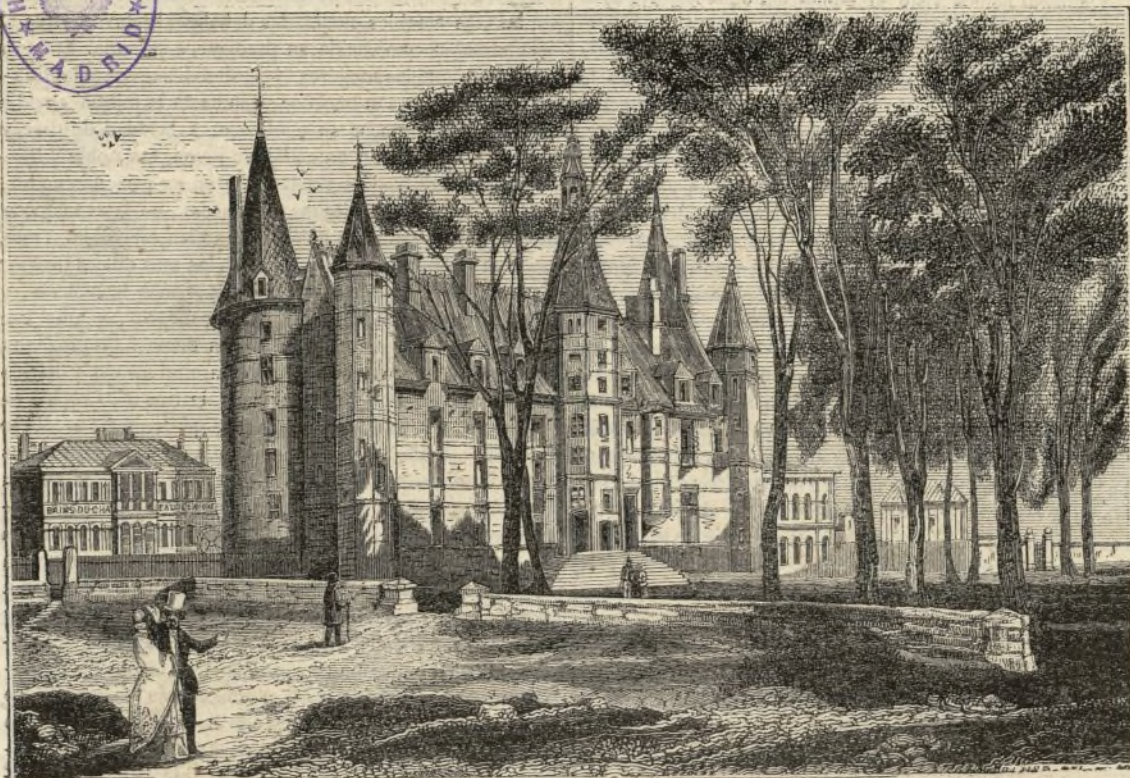
Su acento y miradá revelan no obstante  
Algo incomprensible que no es natural;  
Hay en sus acciones algo de violento,  
Porque de repente durmiéndose van.

*(Se continuará.)*





## ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista del antiguo palacio ducal de Nevers.

## EL PALACIO DUCAL DE NEVERS.

Este palacio, edificado por los principes de Cleves, flanqueado de elegantes torrecillas, lleno de ventanas y balcones de piedra y terminando en agudos clochetones, como una catedral, es uno de los mas curiosos trabajos de la arquitectura de los siglos XIII y XIV. Ocupado hoy por el ayuntamiento y los tribunales, da frente a la plaza principal de Nevers, llamada todavía plaza ducal, y al parque de los antiguos señores, que ha llegado á ser uno de los mas bonitos paseos de Francia.

Hé aqui de la manera que tuvo efecto esta trasformacion. Por los años de 1767, el duque de Mancini de Nivernais, aquel que fué capitán bajo el mando de Villars, académico después de Massillon, embajador de Luis XV en Roma, en Berlin y en Londres, ministro de Luis XVI con Vergennes, prisionero del Terror en 1795, legislador en 1776, y poeta eminente toda su vida; aquel, en fin, á quien Chestelfield llamaba el modelo cumplido del caballerismo, se paseaba una mañana, en su parque de Nevers, con madama de Prunevaux, la mas bonita muger del tiempo de las muge-

res bonitas. Cuando al fin de la esplanada de álamos y de li-  
los que existe todavía, madama de Prunevaux manifestó su desconsuelo por no poder subir á las alturas, plantadas entonces de viñas, y desde donde se debía gozar de una vista magnífica dominando toda la ciudad. El duque de Nivernais no dijo nada, y dió una cita á la hermosa y elegante señora para el mes siguiente. Ella fué exacta y no pudo dar crédito á lo que veían sus ojos. Mas límites al parque, mas viñas en las alturas; pero un admirable jardín inglés plantado de árboles ya crecidos. Tal habia sido el esfuerzo casi sobrenatural que habia inspirado la palabra de una muger, resuelto por la galantería de un gran señor, ejecutado por el talento de un famoso arquitecto. El duque de Autin no hubiera hecho mas bajo el reinado de Luis XIV, y la ciudad de Nevers agradecerá eternamente este capricho momentáneo de su último dueño.

Hemos visto en el palacio ducal la sala donde la condesa Maria de Albret presidía su corte de caballeros, de señoritas y de trovadores, bordando con sus propias manos el martirio de San Cyr, sobre aquellas famosas tapicerías del coro de la catedral, que son aun una joya preciosa que justifica el adelanto de las artes. Los canónigos de Nevers, que no eran personas del agrado de la maligna princesa, tuvieron la sorpresa de encontrarse representados en su



trabajo bajo la forma de los verdugos de San Cyr. De este modo, en defecto de la prensa, es decir, la aguja y el pincel daban lecciones á los poderes. Dante y Miguel Angel debian ir mas lejos que María de Albret.

Tambien hemos visto la habitacion donde murió Juan Casimiro, rey de Polonia, á un mismo tiempo monarca, cardenal, jesuita, escritor y artista; aqui fué donde despues de su abdicacion, consagrado al estudio y al verso, bajo la hospitalidad de Luis XIV, recibió un dia una diputacion de sus antiguos súbditos, que querian volver á tomar las armas para volverle á poner en el trono. Por toda respuesta leyó á los tentadores su último discurso latino y les preguntó lo que pensaban acerca de él. Todos declararon que era una obra maestra. Despues el rey los obligó á oír una misa puesta en música por él, la cual encontraron igualmente maravillosa... Entonces, como ellos insistían en dar á Casimiro la espada y la corona:—Puesto que he sido un capitan tan desgraciado y un rey tan inhábil, respondió sonriendo el filósofo cristiano, y puesto que soy tan gran escritor y tan gran compositor, dejadme seguir mi vocacion hasta el fin, tanto mas cuanto que tengo un tercer talento, añadió mostrando el dibujo de su tumba, con esta inscripcion; *«último tronó á que yo aspiro.»* Conforme á este dibujo se levantó el mausoleo donde reposa el corazon de Juan Casimiro en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Los diputados polacos no insistieron mas, y comprendieron que su antiguo rey era desde entonces superior á su monarquia.

## EL PALACIO DE MONTSABREY.

### NOVELA.

(Continuacion).

—Bien os vi, respondió el anciano, y cuando pasásteis junto á nosotros adiviné el sentimiento de discrecion á que obedecisteis al alejaros; aunque era la primera vez que os veia, desde aquel instante, mi jóven amigo, ganásteis mi corazon.

Enablada de ese modo la conversacion, Federico para conseguir su objeto ya no tenia que hacer mas que dejarse llevar de la corriente. Pintó con colores tan vivos y tan poéticos el efecto que Lucila habia producido en él, espresó con tanto candor las simpatías que le inspiraban aquella jóven y su madre, y mezcló en sus preguntas tanta reserva, afectuoso interés y esquisita delicadeza, que el doctor no pudo menos de enternecerse. Declinaba el día, el sol habia desaparecido por detras de las torres del castillo, y el doctor retuvo al jóven pintor, y despues de comer, dispuesto á la expansion y contento con tener á su lado un oyente capaz de comprenderle, se decidió á referirle lo que sabia. La luna mostraba ya su plateado disco por entre los árboles medio despojados del jardín: un cierto fresco y penetrante silbaba en derredor de la casa; ardía la leña en el hogar de la chimenea, y Federico, apoyando el codo en uno de los brazos del sillón en que se hallaba sentado, prestaba atento oído.

—Habeis visto á la señora de Montsabrey sentada al lado

de su hija; la habeis visto todavía hermosa á pesar del dolor que la abruma, y de las precoces arrugas impresas en su frente; pero no podeis figuraros el esplendor de su juventud, algunos meses despues de su matrimonio. Heredera única de una de las familias mas poderosas de la Marche, justificaba con las mas amables cualidades del alma, los favores que el cielo se habia complacido en prodigar á su cuna. Era tan bondadosa, que las mugeres la perdonaban su extraordinaria hermosura, y tan benéfica, que hasta la misma envidia no se atrevia á atacar su opulencia. A la edad de diez y ocho años se casó con un caballero jóven, tan noble y hermoso como ella, y si es verdad que en un principio no hubo en la tierra una suerte mas venturosa, no lo es tampoco menos, que jamás hubo felicidad tan bien merecida. Trascorría su existencia en París llena de las mas dulces fruiciones: todo se presentaba bajo el aspecto mas halagüeño, y si todavía no era madre, iba á llegar á serlo, y ante ese gozo supremo desaparecian todos los demas. Una mañana condujeron á su casa á su marido ensangrentado y herido mortalmente en un desafio: al cabo de tres dias espiró en sus brazos, y la herida era tan grave que no pudo recobrar el sentido: todavía se ignoran la causa y los pormenores de aquella reyerta fatal. Seis semanas despues, la señora de Montsabrey dió á luz una niña que prometia ser tan hermosa como ella. A medida que iba creciendo era la delicia de todos, y cada uno de sus movimientos tenia una gracia admirable. Inclínada sobre aquella preciosa flor que habia abierto su cáliz sobre un sepulcro, la señora de Montsabrey daba gracias á Dios en medio de su desesperacion, y el orgullo maternal enjugaba las lágrimas de la inconsolable viuda. Sin embargo, comenzaba á observarse en los ojos de Lucila alguna cosa extraña: cuando llegó á la edad en que se despierta la inteligencia y en que se escapan de los labios los primeros sonidos articulados, que inundan en júbilo el corazon de una madre, la niña parecia sumida en un obstinado letargo, sus labios permanecian cerrados, y no correspondia á los ardientes besos mas que con una sonrisa inmóvil. Mas tarde, cuando ya se consiguió que balbucease algunas palabras, su lenguaje infantil no parecia pertenecer al mundo en que vivimos. En sus repentinas y entrecortadas exclamaciones, se notaba un no sé qué de sobrenatural y estático, un terror que no podian mitigar las mayores caricias. Ya no era posible dudar; el fruto de las entrañas maternales habia sentido como de rechazo el doloroso golpe que recibiera aquella existencia terminada de una manera tan trágica: la inteligencia, pronta á desarrollarse, habia sido acometida de estupor. Los médicos suspendieron emitir su dictámen hasta que Lucila cumplierse los seis años, pero llegó aquella época, y su entendimiento no tomaba parte alguna en la vida comun. Cuando su madre la estrechaba contra su pecho, cubriéndola de besos y de caricias, la niña la miraba con ojos distraídos, como si su corazon estuviera ocupado en otra parte. No tenia afición á ninguna de las diversiones y placeres propios de su edad, solo la gustaba el aislamiento y el retiro, y pasaba los dias enteros en una especie de meditacion silenciosa, que en vano procuraban perturbar. Consultados nuevamente los médicos, declararon sin vacilar que Lucila era idiota: aterrada con tan terrible fallo, la señora de Montsabrey concibió por su hija esa pasión ardiente y delirante que sienten las madres por sus hijos enfermos. Resuelta á ocupar para



ella el lugar del mundo entero, dejó bruscamente á París, para venir á ocultar su confusion y su desgracia en el palacio de Montsabrey.

Hacia ya quince años que yo habitaba en este país, cuando vino á establecerse en él: habia conocido á su marido, porque el caballero de Montsabrey venia todos los años á pasar un mes del otoño con su hermano y algunos amigos en ese palacio abandonado, que servia de punto de reunion para sus cacerías. Conocia también á la señora de Montsabrey; la habia visto en todo el esplendor de su felicidad pocos dias despues de su enlace: antes de marchar á París, el marido estasiado, quiso presentar á su jóven y hermosa esposa en la antigua mansion de sus abuelos. Debía volverla á ver, algunos años mas tarde, flaca, macilenta, abrumada por el dolor, pero todavia interesante. Tuve noticia anticipada de su llegada, y todo estaba ya preparado: aun se hallan presentes en mi memoria los pormenores de esa escena desgarradora: La vi bajar de la silla de posta, tomar en sus brazos á su hija, atravesar con paso rápido los escalones de la portada, y huir con su malhadado tesoro, como para ocultarle á la vista de todos. Mi hermano se hallaba á mi lado, y aquella misma noche emprendimos la tarea que hemos proseguido sin descanso: mi hermano consolaba el dolor de la madre, y yo estudiaba el mal de la hija. Me hallaba poseido de un respeto religioso por el infortunio de la señora de Montsabrey, profesaba un cariño enteramente paternal á su hija, y las acompañaba de continuo. Durante los primeros años de su permanencia en el palacio, ninguna señal permitia esperar la curacion de Lucila, ni aun en un porvenir lejano: cada mañana encontraba á la madre sumida en la afliccion, y á la niña en su inmovilidad. Comenzaba á creer que la ciencia habia dicho la verdad, y no aguardaba que la Providencia la desmintiese. Crecia Lucila, ¡y cosa estraña!....., mientras su entendimiento yacia sumergido en un profundo sueño, su hermosura brillaba cada vez mas; en aquel contraste habia como una burla amarga, como una ironía cruel de la suerte. Cuando llegó á los doce años recobré confianza y valor: á medida que su juventud se desarrollaba, su alma parecia luchar con una sorda agitacion: era, pues, fácil preveer una crisis, que mas pronto ó mas tarde debia decidir de su destino. Seguramente la ciencia habia pronunciado un fallo demasiado severo: su inteligencia no estaba muerta, sino comprimida; vivia en ella el pensamiento, pero no encontraba salida. El murmullo del viento, las armonías de la noche, y el estruendo del Creuse, ejercian una misteriosa influencia sobre aquella organizacion delicada. Cuando la señora de Montsabrey se ponía al piano y cantaba, Lucila estaba cada vez mas pensativa, y luego, pasados algunos instantes, abundantes lágrimas se desprendian de sus ojos y corrian por sus mejillas: pintábase en su semblante una turbacion profunda, y á cada momento esperaba ver una explosion de la vida. Al mismo tiempo que cantaba, la señora de Montsabrey miraba en el espejo el rostro de su hija, y yo tambien la observaba con inquietud. Levantábase su pecho, su corazon latia con violencia como si quisiese romper su prision, y su boca se movia como si estuviese pronta á hablar; pero en el momento en que todo presagiaba un desenlace milagroso, daba un grito desgarrador, y caía en mis brazos como un pajarillo herido. No trataré, querido amigo, de referiros las crueles escenas que he presenciado: la ternura de la madre se habia escitado

hasta el frenesí, y sus impotentes caricias habian tomado un carácter feroz. He visto á la señora de Montsabrey de rodillas delante de su hija, cubrir sus manos de besos, y decirle con voz alterada: ¿me oyes?..... ¡háblame!..... ¡respóndeme!..... Lucila pasaba los dedos por los cabellos de su madre, y no contestaba mas que con una sonrisa ó con lágrimas silenciosas. Ya hace cuatro años que se repiten esas pruebas terribles, y sin embargo, jamás se ha visto una locura mas dulce y mas tranquila. Lucila ama y comprende la naturaleza: tiene el instinto y el gusto de los adornos, y su ocupacion favorita es jugar con las flores de que siempre se halla rodeada: algunas veces las mira con una inefable expresion de tristeza, y parece decirles: «Soy hermosa é inanimada como vosotras.» Sobre todo se complace en contemplar por la noche las estrellas, y su alma aspira á subir al cielo: en sus entrevistas con ella, mi hermano ha recogido palabras inesperadas, que han reanimado mis esperanzas. A los doce años comprendia ya las promesas de la religion con una vivacidad poco comun en esa edad. Tiene, acerca del mundo superior que nosotros no vemos, ideas que los libros jamás han enseñado, y que no pueden explicarse sino por inspiraciones sobrenaturales; pero desgraciadamente esos destellos palidecen y se estinguen bien pronto. ¿Qué os diré?..... Dulce y bondadosa, agradecida y tierna, la pobre y querida criatura no puede espresar nada de lo que siente, y esa es sin duda la causa de su frecuente llanto: es, en nuestras manos, como un instrumento melodioso cuyas cuerdas ha roto la tempestad, y cuyas voces hemos procurado en vano hasta ahora restablecer. Sin embargo, la crisis que yo habia previsto se va preparando: Lucila tiene ya diez y seis años, y los síntomas se acumulan: su misma debilidad es un presagio inequívoco; su alma se agita y hace esfuerzos para romper sus ligaduras..... la lucha está empeñada; ¿cómo terminará? En este estado nos hallamos, amigo mio. Esta mañana he escrito al cuñado de la señora de Montsabrey: grave, afectuoso, sincero y lleno de respeto hacia su hermana, todos los inviernos viene á pasar un mes ó dos á su lado. Deseo verle aquí cuanto antes, porque la crisis se halla muy próxima y es inevitable: puede salvar á Lucila, pero tambien matarla: y si Lucila muere, ¿qué será de su madre?

Vivamente conmovido por las palabras que acababa de oír, Federico se abstuvo de toda reflexion y quedó sumergido en una meditacion silenciosa.

—Amigo mio, dijo al fin, (permitidme que os llame así, aunque os hablo hoy por la primera vez); confiemos en que el cielo bendecirá vuestra empresa y la de vuestro hermano; esperemos en Dios que envia el rocío á las plantas, el perfume á las flores y la savia á las ramas.

—Sí, hijo mio, contestó el anciano, esperemos en Dios, solo en Dios, porque digan lo que quieran los sabios, la ciencia no hace milagros.

Largo tiempo permanecieron conversando en la chimenea, y Federico preguntó al doctor cómo habia ido á parar á San Mauricio.

—Es una cosa muy sencilla, le respondió, y puede referirse en dos palabras. Pasé mi juventud en París: á fuerza de trabajo y de perseverancia me hice lugar: mis aduladores, que eran dos ó tres, me prometian nombradía y riquezas, cuando de repente espermenté uno de esos reveses que hieren y consumen como el fuego del cielo. Necesitaba algunos dias de silencio y de soledad, y marché á refugiarme



al lado de mi hermano, que impulsado por una vocacion fervorosa habia abrazado el estado eclesiástico, y obtenido hacia diez y ocho meses el curato de San Mauricio. Ya conocéis á mi hermano, pero no podeis saber cuántos tesoros se encierran bajo su modesto exterior; tiene el candor de un niño, unido á la abnegacion de un apóstol. La serenidad de su alma evangélica debía comunicarse insensiblemente á mi corazon. Al escucharle sentí renacer en mí las creencias y la fé de mis juveniles años; al verle obrar, comprendí que pueden encontrarse las virtudes mas elevadas en las condiciones mas humildes. No podré deciros cómo pasó eso, pero si que tuve lástima del mundo, de sus combates, de sus alegrías y de sus dolores. Mi hermano se habia dedicado enteramente á la direccion del rebaño que le estaba confiado, y su única ambicion era el permanecer olvidado en su curato, el mas pobre de toda la diócesis; resolví completar su obra asociándome á él. No tenían médico en este distrito, y desde San Mauricio á la ciudad mas cercana hay seis leguas largas, y durante el invierno los caminos se ponen intransitables. Agregad á eso que en las poblaciones rurales no acostumbran á llamar al médico hasta el último extremo, de modo que cuando se presenta, la muerte, que le ha tomado la delantera, se halla ya á la cabecera del enfermo. Mi patrimonio, unido á lo poco que yo habia podido acumular, me permitia el vivir aqui tranquilo; compré esta casita, en donde he envejecido dulcemente lejos del mundo, que no merece un pesar. Ayudo á mi hermano, hago un poco de bien, y tengo la esperanza de que mi vida no será completamente inútil.

Por un movimiento de viva simpatía, Federico estrechó la mano al doctor con el mayor respeto.

La noche estaba ya muy avanzada: el doctor sacó el reloj y se levantó aceleradamente para dirigirse al palacio; Federico le acompañó hasta la puerta y se volvió lentamente á San Mauricio, pensando en la suerte de Lucila.

#### IV.

Sucedíanse los dias unos á otros, y Federico no partia. ¿Qué podia hacer por la señorita de Montsabrey? Toda su voluntad debia estrellarse contra un poder desconocido, y sin embargo permanecía. Sin tener que desempeñar ningun papel en el desenlace de aquel destino, no queria abandonar el pais, pues deseaba asistir á la solucion de aquel enigma. El doctor y su hermano no salían ya del palacio: rumores siniestros circulaban por la aldea, y en el *Aguila de Oro* no se trataba mas que de Lucila; los aldeanos la profesaban una especie de veneracion supersticiosa. Lo que les preocupaba no era solo su juventud, su hermosura y sus padecimientos, sino la naturaleza misteriosa de su dolor. Mirábanla como un ser predestinado, en comunicacion directa con Dios; su muerte hubiera sido reputada como una calamidad para la aldea, y su curacion como una felicidad pública. Veían, en lo que la ciencia llamaba letargo de su razon, una inteligencia superior, mas viva, y aunque muda, mas previsora; opinaban que Lucila no era de este mundo, y que el dia en que se desatase su lengua, seria, no la hermana, sino la reina de todos los que tenían espedito el uso de la palabra largo tiempo hacia. Asi todo se volvia sombrío en derredor de nuestro héroe; aquella aldea en donde habia entrado con tan buenas disposiciones, en donde ha-

bia vivido tan alegre, y en la que todo parecia sonreírle, se cubria de un velo fúnebre. La lluvia entristecía el paisaje; los cuervos bajaban á la llanura; el cierzo se llevaba las últimas hojas de los árboles; en fin, la muerte se cernia sobre la colina, y la sombra de sus alas se extendia por encima del valle. Y sin embargo, Federico no partia; ya no habia sol, ni júbilo, ni fiestas, y no obstante, no trataba de dejar á San Mauricio.

Una noche se hallaba sentado en la chimenea con la dueña de la posada, sus dos hijas y algunos de los principales vecinos de la aldea, y la actitud y la fisonomía de todos los personajes denotaban que no habian ido allí para apurar botellas; en todos los semblantes se advertia una profunda tristeza. La campana de la iglesia habia tocado todo el dia á la agonía, y por la tarde se habia visto pasar al cura con el Santo Viático en direccion al palacio de Montsabrey. Abismado en sus reflexiones, Federico revolvía maquinalmente la lumbre del hogar con uno de los largos tubos de hierro que en los pueblos de la Marche sirven á un mismo tiempo de tenazas y de fuelle. Prestaba muy poca atencion á las conversaciones que tenían á su lado, y meditaba silenciosamente en el extraño destino que quizá en aquel instante desenlazaba la muerte. De repente se oyó el galope de dos caballos que se detuvieron á la puerta del *Aguila de Oro*, y casi al mismo tiempo se vió entrar un criado con la librea del palacio. Fiel á los hábitos de reserva y discrecion, que durante diez años habian contraído todos los criados de la señora de Montsabrey, éste no contestó á la multitud de preguntas que le dirigian.

—¿El señor Federico Lambert? preguntó con voz breve.

—Yo soy, dijo el jóven pintor levantándose.

El mensajero sacó de su bolsillo un papel sin sobre y se le entregó á Federico, que leyó estas palabras escritas á la ligera y con mano temblorosa:

«Lucila ya no existe; venid á hacer su retrato: os lo suplica su madre.

«El doctor Vicente.»

Federico subió á su cuarto, tomó su cartera y bajó precipitadamente; los dos caballos esperaban á la puerta: montó en uno de ellos y partió.

La noche estaba oscura, sin luna y sin estrellas; despues de una hora de carrera, los caballos se detuvieron al pie del palacio. Cuando Federico atravesó el umbral, reinaba en el patio la mayor confusion. Los criados, cual sombras vagarosas, iban, volvían y se cruzaban en todas direcciones. Una silla de posta con cuatro caballos y los postillones montados se hallaba pronta á partir. Un estrangero de fisonomía grave y triste conversaba con el doctor: era el cuñado de la señora de Montsabrey, que habia llegado hacia pocas horas.

—Aprovecháos de su desmayo, decia el doctor, y lleváosla sin tardanza antes de que recobre el sentido. Si ve muerta á su hija no respondo de su vida.

Algunos momentos despues, el caballero de Montsabrey colocaba en los almohadones de la silla de posta á su cuñada desmayada; se sentó á su lado y el carruage marchó al galope.

Abrumado con tantas emociones, el doctor se apoyó en el brazo de Federico, subió con él la escalera y le introdujo en el cuarto de Lucila, en donde acababa de dormirse con el último sueño.



—Mi tarea está concluida, le dijo, ahora comienza la vuestra. Y después de dirigir una mirada desconsoladora sobre la joven que no había podido salvar, se retiró con paso lento.

La habitación solo estaba iluminada por dos velas que ardían junto á la cabecera, al lado de un crucifijo, y una pililla de agua bendita en la que había un ramito de box. El cura, arrodillado en el hueco de una ventana, rezaba en voz baja el oficio de difuntos. La joven se hallaba tendida en su lecho, vestida de blanco y con una guirnalda de rosas blancas en la cabeza, mucho mas hermosa que lo que estaba cuando vivía. La muerte había impreso en sus inmóviles labios una sonrisa angelical, y hubiérase dicho que al volar su alma había dejado en aquel rostro pálido un reflejo divino.

Federico sintió oprimirse el corazón con inexplicable angustia: se arrodilló y oró. Luego tomó su cartera y se preparó á cumplir el deseo de la señora de Montsabrey; mas apenas había llegado á la mitad de su trabajo, se vió precisado á suspenderle; el lapicero temblaba entre sus dedos, y un sudor frío corría por sus sienes. Como todos los que velan á los muertos, estaba dominado de alucinaciones extrañas: creía ver que Lucila abría los párpados y los labios, y que extendía la mano; la observaba con inquietud y prestaba atento oído como si fuese á hablar. El viento que zumbaba por los corredores, el grito de las aves nocturnas y el perro que ladraba y arañaba la puerta del cuarto de su ama, aumentaban el efecto de aquella escena lúgubre. Para tranquilizarse y cobrar ánimo, Federico se volvía de cuando en cuando hacia el cura, que continuaba de rodillas y en oración; la vista del piadoso anciano renovaba sus fuerzas. Sin embargo, hubo un momento en que no pudiendo ya contenerse, Federico se levantó como para sustraerse del vértigo de sus pensamientos. Abrió un balcon, dió algunos pasos por él, y el aire frío de la noche le calmó un poco: antes de volver á emprender su obra, permaneció largo tiempo absorto en una contemplación dolorosa.

—¡Pobre niña! decía para sí siguiendo el curso de su ilusión. ¿qué es lo que ha venido á hacer aquí abajo? ¿Se la debe compadecer ó envidiar? Has atravesado la vida sin mezclarte en ella, sin ser acometida por nuestros dolores y sin conocer nuestras imperfectas alegrías; acabas de entregar á Dios, que nos ha de juzgar, tu alma tan cándida y tan pura como la recibiste de sus manos. Yo te he encontrado en mi camino, apenas te he visto, y jamás has fijado en mí tu mirada; pero tu recuerdo querido vivirá siempre en mi corazón. Permanecerás en mi pensamiento como una de esas melodías que solo se oyen una vez, pero que no se borran de la memoria; has pasado en mi existencia como uno de esos fantasmas que nos sonríen, que nos llaman y que no nos es posible asir. Era radiante tu hermosura y tu boca respiraba bondad; tu inteligencia, que suponían estinguida, se alimentaba tal vez con celestiales visiones. Si hubieses podido descender hasta nosotros, feliz aquel á quien hubieras amado!...

Había vuelto á tomar el lapicero, é inclinado sobre su obra borraba por la décima vez los perfiles de los labios que no podía copiar fielmente. Ya hacia mas de una hora que se afanaba en aquella tarea: creyó por fin haberlo conseguido, y para asegurarse miró al modelo: incorporada en su lecho, y tan apacible y serena como una joven que se des-

pierta por la mañana después de los sueños mas halagüeños, Lucila le contemplaba con curiosidad.

—¡Madre mia!... en dónde está mi madre, dijo con voz tan dulce como la de un niño. Y semejante á la flor que se doblega bajo el peso del agua del cielo que inunda su cáliz, se volvió á dejar caer sobre su almohada.

## V.

Absorto en la oración, el cura no había oído la voz de Lucila: pero un grito de Federico le sacó del piadoso recogimiento en que se hallaba sumido; se levantó y se dirigió aceleradamente al lecho de la joven.

—Vive, exclamó Federico estrechándola entre sus brazos, vive, me ha hablado.

Y salió con precipitación á buscar al doctor.

No corría, volaba: cuando llegó al término de su carrera, abrió la verja, atravesó el jardín, subió la escalera sin tomar aliento y se lanzó en la alcoba, en donde el doctor, dominado por la impresión de las violentas emociones que había experimentado, no podía conciliar el sueño á pesar de lo avanzado de la hora.

—Venid, le dijo, ¡vive y respira!... no perdais un momento, volad á su cabecera. Y procuraba llevarsele.

El doctor le miraba con asombro mezclado de inquietud, y dudaba si Federico había perdido la razón.

—Pues qué, prosiguió Federico con vehemencia ¿no me comprendéis? Respira y me ha hablado... Os repito que me ha hablado... Venid, en nombre del cielo, venid, ¿qué aguardais? Y entonces le decidió.

El doctor le seguía con mucho trabajo y todavía fluctuaba. Al entrar en el palacio se persuadió de que Federico le había dicho la verdad; en los corredores y en todos los pisos no se oía mas grito que el de ¡la señorita no ha muerto!... Penetró temblando en la habitación de la señorita de Montsabrey, y la encontró tendida en su lecho como antes, pero sus mejillas habían recobrado el color de la vida. Su nodriza, sentada junto á ella, escuchaba y recogía el aliento que se escapaba de sus labios. El cura, arrodillado, había interrumpido las oraciones de los difuntos para rezar un himno en acción de gracias: el doctor tomó el pulso á la enferma, y lágrimas de gozo inundaron su rostro.

—Sí, Dios mío, exclamó, vive.

Lucila volvió la cabeza, abrió los ojos, y mirando alternativamente al doctor y al cura:

—¿Sois vosotros, amigos míos? les dijo con voz afectuosa.

La crisis que podía ser mortal la había salvado: el velo que separaba su razón del mundo de los vivientes acababa de rasgarse.

Estenuada por aquel esfuerzo de algunos instantes, volvió á caer otra vez sobre su lecho.

—¿En dónde está la señora de Montsabrey? preguntó Federico; ¿á dónde la ha conducido su cuñado? Es necesario enviarla inmediatamente un espreso.

El doctor le asió del brazo y le llevó al hueco de una ventana; el cura los siguió.

—Se ha salvado, dijo el doctor en voz baja, así lo creo y lo espero; pero sin embargo, no me atrevo á responder. ¿Pensais en enviar un espreso? Si el cielo vnlviese á recóbrar á Lucila, la señora de Montsabrey habría perdido dos



veces á su hija. Aguardemos para llamarla á que la resurreccion se halle plenamente efectuada; preparemos poco á poco el corazon de la madre, y no la demos de pronto una alegría que pudiera terminar en desesperacion.

Federico y el cura fueron del mismo dictámen: al cabo de ocho dias, la curacion de Lucila ya era segura; con la salud habia recobrado la razon; la inteligencia habia roto los lazos que la oprimian, y el pensamiento encontrado una salida. Ya no habia que vacilar: cuando el espreso iba á marchar se recibió una carta del vizconde de Montsabrey, anunciando que se llevaba su cuñada á Italia. El doctor escribió sin dilacion á Roma, Nápoles y Florencia, y no dudaba que la señora de Montsabrey regresase antes de concluir el mes.

## VI.

La convalecencia de Lucila adelantaba con rapidez, y á medida que iba recobrando fuerzas se desarrollaba su inteligencia. Como un terreno virgen que jamás ha sido fatigado con ningun cultivo, producía sin esfuerzo y en abundancia frutos, cuya belleza causaba admiracion. El doctor, el cura y Federico no la abandonaban un momento: rivalizaban en ardor y en delicadas atenciones, y era un espectáculo que enternecía el de aquellos tres hombres, velando á la jóven con la solicitud y el cariño de una madre. Cada uno de aquellos tres fieles guardadores sacaba partido, segun sus facultades, de tan maravillosa resurreccion. Aunque el invierno se aproximaba, todavia doraban los rayos del sol la llanura y las colinas. El doctor explicaba á la señorita de Montsabrey la naturaleza que hasta entonces solo habia vislumbrado á través de una nube: cada paseo le proporcionaba materia para enseñarla y revelarla alguna cosa nueva. Una roca, una planta y una fuente le suministraban ocasion de despertar y dar ensanche al entendimiento de su jóven compañera. El cura, testigo de la milagrosa expansion de aquella alma infantil, la mostraba el dedo de Dios en la creacion entera. La parte de accion de Federico, aunque mas modesta en la apariencia, no era, sin embargo, menos grande; con su gracia, su juventud, su afectuoso anhelo, y la simpatia fraternal que manifestaba á la hermosa niña, se asociaba eficazmente á la obra de los dos hermanos, y su presencia era quizá mas elocuente que todos los discursos del bondadoso doctor y virtuoso párroco. Si tardaba en llegar, se leía en los ojos de Lucila una inquietud febril, y en cuanto le veía y oía el sonido de su voz, se exaltaba su corazon y se aumentaba la curiosidad de su inteligencia. Cuando Federico estaba á su lado todo queria saberlo; lejos de él, la naturaleza era para ella un espectáculo indiferente. No procuraba explicarse la presencia de aquel jóven en el palacio: ignoraba su posicion social y su procedencia, y no pensaba en averiguarlo. Su alma, al despertarse, se habia fijado en él sin desconfianza, como una paloma que escapándose por primera vez de su nido se para en las ramas de un árbol inmediato.

Llegó el invierno y fué necesario renunciar á los paseos y reunirse en derredor del hogar. Conversaciones amenas y variadas, lecturas hábilmente escogidas y lecciones dadas por Federico y los dos hermanos, continuaron la obra comenzada. Federico no se parecia á la mayor parte de los pintores de nuestra época: no habia limitado su estudio á los secretos de su arte; estaba convencido de que buscando

bien, fuera de la pintura pueden encontrarse algunas cosas que no son enteramente indignas de ocupar el entendimiento humano. Asi es que contribuía con un rico contingente á los trabajos del dia y á las conversaciones de la velada. Lucila le escuchaba con interés y la gustaba todo cuanto decia.

Aquella vida era indudablemente muy dulce para nuestro jóven amigo. Salía por la mañana de San Mauricio, se detenía en la casa del doctor, y ambos se dirigían al palacio conversando de una manera agradable. El invierno tiene bellezas que los habitantes de las ciudades no conocen ni aun presumen. El campo estaba encantador con su manto de armiño y los bosques con su escarcha, y envueltos en densa niebla, presentaban un aspecto mágico. En cuanto divisaba de lejos á los dos amigos, Lucila, envuelta en un abrigo de pieles salía á recibirlos, y sus delicados pies apenas hacían crujir la nieve endurecida. Trascurrían las horas deliciosamente, y Federico se volvía por la noche á la aldea acompañado del buen cura, cuyo celo no habian podido entibiar los rigores de la estacion. ¿Qué imaginacion un poco poética no hubiera envidiado la suerte de aquel jóven? Mezclar sus dias con los de una adorable criatura, que por un raro privilegio reunía el candor de la infancia y las gracias de la juventud; asistir al desarrollo de aquella alma angelical; vigilar, dirigir el vuelo de su inteligencia, y espiar y sorprender los primeros latidos de su corazon, era una tarea muy dulce y una vida sumamente placentera. Sin embargo, Federico resolvió desprenderse del encanto que se iba apoderando de él; habia concluido por comprender el peligro de aquella intimidad... Era muy pobre y Lucila pertenecía á una familia demasiado opulenta para que jamás pudiera pensar en ofrecerle su mano. ¿A dónde le conduciría aquel cariño siempre creciente, aquel afecto mútuo que no tenía necesidad de declaracion? ¿No era una locura el aventurarse mas en un camino tan peligroso? Al mismo tiempo que la razon le mandaba alejarse, sus trabajos le llamaban imperiosamente á Paris; bien pronto adoptó su partido.

Una tarde, hallándose todos reunidos, Federico anunció su marcha y se despidió de Lucila: la jóven palideció y cayó. Los dos hermanos comprendían tambien, aunque menos claramente que Federico, el peligro de su posicion, y á pesar de que le querían con ternura no procuraron detenerle.

—¿Es cierto? dijo por fin Lucila con voz amortiguada que revelaba la turbacion de su corazon; ¿hablabas con seriedad? ¿por qué partís? ¿No sois feliz á nuestro lado? ¿No amais á vuestros amigos?

—Debo partir, replicó Federico; vivir con vuestra vida es una dicha que no está reservada para mí.

—Es exacto, hijo mio, dijo el cura: cada uno tiene en este mundo sus deberes que cumplir: la ociosidad no sienta bien en vuestra edad.

—Caballero Federico, repuso Lucila dirigiéndole una mirada suplicante, aguardad al menos el regreso de mi madre.

—Su lugar no se halla al lado de nosotros, contestó el doctor; sería un egoismo detenerle por mas tiempo. Ya ha perdido muchos dias: sus ensayos han sido brillantes, y ya ha llegado la hora de que cumpla sus promesas.

—Adios, amigos míos, dijo Federico levantándose y estrechando la mano á Lucila, el cura y el doctor, adios! Pensad alguna vez en el que os tendrá incesantemente en la memoria: he pasado á vuestro lado los dias mas felices de mi



vida, y jamás los olvidaré. Sed dichosos, y que Dios os conceda la ventura y la calma que merecis.

El doctor y el cura adivinaban aunque confusamente los sentimientos que le agitaban, y le abrazaron con ternura paternal. Lucila, pálida, silenciosa é inmóvil, miraba á Federico y parecia no comprender nada de lo que pasaba en derredor suyo. Federico salió con el corazon desgarrado, pero con paso firme, y procurando dominar su emocion. Al dia siguiente al rayar el alba, y cuando concluia sus preparativos de marcha, vió entrar en su cuarto al doctor, cuyas facciones demudadas, descubrían una viva ansiedad.

—No partíreis, no podeis partir, dijo con voz conmovida; nos es necesaria vuestra presencia, por que vuestra tarea no está todavía concluida. ¿Sabeis lo que pasa? Apenas nos dejásteis Lucila fué acometida de una fiebre ardiente. Hevelado toda la noche á su cabecera, y en su delirio no ha pronunciado mas que dos nombres; llamaba á su madre y á vos: la he dejado en un estado de exaltacion que me alarma, no os lo oculto. Si os alejais, no respondo de nada; pensad, mi jóven amigo, que ahora formais parte de su existencia. Cuando su razon se ha desplegado, ha fijado en vos su primera mirada; vos habeis recibido la confianza de sus primeros sentimientos y de sus primeras ideas. Es una alma enteramente nueva que solo obedece á sus instintos: mas tarde, sin duda, podrá pasarse sin vos; ahora necesita veros y oiros para pensar, como la es necesario el aire para respirar. Conozco la bondad y honradez de vuestro corazon, y preveo todo lo que podeis decir para justificar vuestra resolucíon; pero he conferenciado con mi hermano, y ha dissipado todos mis escrúpulos; su palabra debe bastar para tranquilizar vuestra conciencia y decidiros á permanecer aqui. No olvideis, amigo mio, que soy responsable de la vida de Lucila: hasta que vuelva la señora de Montsabrey, debemos reemplazarla, se que vuestros trabajos os llaman á Paris; pero sois jóven, un largo porvenir se os presenta, y no encontrareis dos veces la ocasion de cumplir un deber tan sagrado. Haced por Lucila lo que hariais por vuestra hermana: la señora de Montsabrey no puede tardar en llegar: habeis sido testigo de su desesperacion, asistireis á su alegría, y partíreis gozoso con su felicidad.

Y como Federico vacilaba:

—No podeis permanecer en la aldea, prosiguió el anciano que poseia toda la delicadeza del corazon, la estacion promete ser muy cruda: no sabeis lo que es el invierno en este pais: dentro de pocos dias, los caminos se cubrirán de nieve y se pondrán impracticables. Venid á estableceros en mi casa, que es bastante espaciosa para recibiros: vuestra presencia me dará algunos reflejos de juventud, sereis como un rayo luminoso al declinar mi vida. Venid, pues, amigo mio; las horas que no pasemos al lado de nuestra querida niña, las emplearemos juntos en hablar de los hombres y de las cosas que amamos.

La conciencia mas recta tiene tantos pliegues tortuosos, y somos tan hábiles en erigir nuestras inclinaciones en deberes, que Federico contentísimo con tener un pretesto que le permitiese quedarse, creyó sinceramente que hacia un sacrificio en no partir. Aceptó la hospitalidad que tan cordialmente le ofrecían, agarró su saquillo que acababa de cerrar, y en vez de tomar el camino de Paris, se dirigió hácia la casa del doctor, no sin abrazar antes á la dueña de la posada del *Aguila de Oro* y á sus dos hijas, que lloraban como tres fuentes.

El doctor no habia engañado á Federico: Lucila tenia una calentura fuerte. Apenas vió al jóven pintor, su rostro se calmó como por encanto: el brillo de sus ojos se fué suavizando, le alargó la mano, y con voz que espresaba el reconocimiento y la reprension:

—¿Por qué, pues, le dijo, queriais partir?

Federico se sentó á la cabecera de su cama, y no le costó mucho trabajo justificarse.

## VII.

La vida del palacio, turbada un momento por aque'la recaída imprevista, volvió á seguir su curso acostumbrado. El estudio, la amistad y la conversacion compartían el tiempo de Lucila: no se cansaba de hacer preguntas á Federico acerca de su madre, su hermana y sus primeros trabajos: queria saber lo que le habia llevado á San Mauricio, y como habia vivido hasta entonces. Federico referia alegremente sus primeras pruebas y sus primeros trabajos: hablaba de su arte con calor, y manifestaba con ingenuidad su pobreza altiva y laboriosa. Venia luego la relacion de su viaje: Lucila le seguia sonriéndose por los caminos llenos de polvo y por los senderos cubiertos de verdor. Bosquejaba de un modo encantador todos los originales que se habian presentado ante su vista, y cuyos semblantes heteróclitos, copiados con desapiadada fidelidad, habian compuesto el dote de su hermana: su llegada á casa de su anciana madre, el matrimonio de los prometidos esposos, sus poéticas escursiones por las orillas del Creuse, su entrada en San Mauricio, y su mansion en el *Aguila de Oro*; en fin, nada omitía, y todo lo contaba con gracia. No olvidó tampoco el estandarte del santo patrono roído por los ratones indiscretos. Lucila, á pesar de su respeto al buen cura, no pudo contener una sonrisa al oír la narracion de aquel episodio. Pero sobre todo se interesaba por aquella hermana jóven á quien no conocia, y hacia que la repitiesen sin cesar la dicha del reciente matrimonio.

—Quiero conocer á vuestra hermana: traédmela, ó cuando mi madre vuelva iremos á hacerla una visita. La amare mucho, decia; ¿creéis que ella tambien me querrá?

Con frecuencia la conversacion tomaba un carácter mas sério. Menos por satisfacer la curiosidad de Lucila, que por hacer fecunda aquella alma virginal, los dos ancianos hablaban gravemente de su existencia, modesta, pero dedicada enteramente al socorro de los desgraciados. Al escucharlos, Lucila comprendía la santidad de la abnegacion y la grandeza de la religion: su corazon se iniciaba con deleite en los secretos de la beneficencia. Luego, á su vez, referia todo lo que habia pasado, y lo que habia sentido antes de entrar en la vida común.

—Era un estado muy extraño de que en vano intentaria daros cuenta. Todo lo comprendía y conocía el precio de los afectuosos cuidados que me prodigaban, me hallaba muy reconocida al cariño con que velaban á mi lado, y hubiera querido corresponder á las caricias de mi madre; pero no encontraba palabras para espresar los sentimientos y las ideas que se agitaban y zumbaban en mí, como un enjambre que trabaja en su colmena. ¡Cuán bondadoso habeis sido, doctor, con esta niña! Y vos añadió, dirigiéndose al párroco: os amaba y no podia deciroslo. Continuamente oía en mi seno como el murmullo de un manantial que busca una salida, y



no puede atravesar la peña. Si trataba de romper el silencio, los esfuerzos redoblaban el tumulto de mis pensamientos: la vida me sofocaba, y la lucha terminaba por el desfallecimiento. No me sería posible espresar lo que he sufrido. Cuando mi madre me abrazaba las rodillas y me decía: ¿me oyes? ¿respóndeme!... me parecía que mi corazón iba á romperse, y caía inanimada y como hundida por mi impotencia. No me encontraba bien sino cuando estaba sola, y amaba la naturaleza que me lo daba todo sin exigirme nada. No tengo mas que un recuerdo confuso de aquellos años dolorosos, y la imagen de lo pasado no es para

mi mas que un sueño, cuyos fantasmas diseminados me cuesta mucho trabajo reunir. Mi vida ha comenzado el día que os he visto al tiempo de despertarme.

Y Lucila fijaba en Federico una mirada de reconocimiento.

El doctor escuchaba aquella ingénua relación, como hubiera escuchado la lección de un maestro. Al sentimiento de la curiosidad satisfecha, se mezclaba en él otro sentimiento de orgullo, y se felicitaba de haber adivinado lo que Lucila acababa de referir.

*(Se concluirá.)*

## ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



Un alud, copia del natural, por H. \*\*\*